TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

AÑO II

Nº 13



"LA SANTA MADRE"

original de José Gonzalez Castillo y Vicente Martinez Cuitiño

Editores: Empresa "CULTURA y CIVISMO"—Corrientes 1307

TEATRO POPULAR

REVISTA TEATRAL

Año II | Martes 20 de Enero de 1920 | N.º 13

"LA SANTA MADRE"

Pieza de actualidad en tres actos, original de

J. González Castillo y V. Martínez Cuitiño

Estrenada por la Compañía Rivera-De Rosas
en el "Teatro Buenos Aires"
el Sábado 3 de Enero de 1920.



Editores

EMPRESA "CULTURA y CIVISMO" Corrientes 1507

BUENOS AIRES

1920

"La Santa Madre"

Pieza de actualidad en tres actos, original de

JOSE GONZALEZ CASTILLO y VICENTE MARTINEZ CUITIÑO

REPARTO

Etelvina	Sra.	Rivera
Clarita	»	Mendez
Elisa	Sta.	Nouvulone
Lea	Sra.	Socato
Ignacia	»	Serrano
Concepción	»	Brena
Mucama	Sta.	Rossi
Eduardo	Sr.	De Rosas
Federico	»	Mandret
Dr. Marcó	»	Perelli
Padre Panard	»	Casamayor
Nicasio	»	Bellucci
Padre Luis	»	Martínez
El mendicante	»	Paolí

"La Santa Madre"

Pieza de actualidad, en tres actos

original de

JOSÉ GONZÁLEZ CASTILLO y VICENTE MARTINEZ CUITIÑO

ACTO PRIMERO

El escenario representa el magnífico hall de una mansión señorial. Los regios tapices, el severo y rico decorado, los muebles de un estilo puro, los cuadros sobrios, los distintos objetos de arte que adornan el hall señalan el buen gusto, la distinción y la fortuna de quien allí los dispuso. El hall presenta al foro la escalera que conduce a las habitaciones del segundo piso, el cual puede verse destacando sus dos puertas del frente. La pared del foro presenta sobre la chimenea el retrato al óleo de un prelado. Puertas al foro, izquierda y derecha, bajo pesadas cortinas.

Cuando se levanta el telón no hay nadie en escena. A poco Nicasio aparece por derecha limpiando unos estribos y Clarita asoma en el primer piso.

ESCENA PRIMERA

Nicasio, Clarita, después Criada

CLARITA.—¡Nicasio!

NICASIO.—Ordene niña.

CLARITA.—¿Qué está haciendo?...

NICASIO.—Nada, niña. Lustro estos estribos.

CLARITA.—¿Estribos?... ¿Y para qué?..

NICASIO.—No se acuerda ya la niña.

CLARITA.—No me acuerdo. ¿Qué estribos son esos?...

NICASIO.—Perdone. Ya lo sabrá, niña. Es una sorpresa...

CLARITA.—Está bueno. Hágame servir el desayuno ahí.

NICASIO.—Muy bien, niña. (Desaparece por derecha mientras Clarita desciende la escalera, se dirige a la mesa, se sienta, hojea un diario y aguarda la merienda. Vuelve Nicasio).

NICASIO.—Ya lo traen, niña.

CLARITA.—Me he quedado con curiosidad. ¿Quiere decirme qué sorpresa prepara? ¿Para quién? ¿Con qué motivo?

NICASIO.—¿No se imagina, niña?... Mírelos (se los muestra) ¿No los conoce?...

CLARITA.—Le juro que no. ¿De qué se trata?

NICASIO.—¿No es hoy que el niño Eduardo regresa de Europa?

CLARITA.—Así es. (Busca la noticia en el diario). Aquí debe decir algo. (Leyendo). Sí... Aquí está. El vapor entra a las nueve. (Consulta su reloj). Falta bien poco por cierto. (Aparece Criada con una bandeja llena de los elementos necesarios para el desayuno. Clarita se sirve). (A Criada). Tengo que ir con Elisita hasta Palermo. ¿No está el chauffeur?

CRIADA.—La señora ha salido en el automóvil.

CLARITA.—¿A dónde fué?...

CRIADA.—Yo no sé, niña.

NICASIO.—Seguramente a misa, niña. (Criada se va). Todos estos días va a misa temprano como usted sabe.

CLARITA.—(Comiendo). No ha de tardar en llegar. Esperaré. Total: usted no me ha dicho todavía para que son esos estribos.

NICASIO.—Para el niño Eduardo. Usted era una criatura y, naturalmente, no se acuerda que era muy jinete, que le gustaba mucho andar a caballo.

CLARITA.—¿Cómo cree que me haya olvidado? ¿No recuerda que siempre me llevaba a Palermo y que nos pasábamos las mañanas enteras galopando en las avenidas?...

NICASIO.—Creí que no se acordaría.

CLARITA.—Ibamos Eduardo, el pobre papá...

NICASIO.—Y el niño Federico que era inseparable de Eduardo.

CLARITA.—Así es. Después Eduardo se fué a Europa, estuvo allá hasta ahora; el pobre papá se murió... ¿Lo quiere a Federico?

NICASIO.—Como no he de quererlo, niña, siendo tan amigo como era del niño Eduardo.

CLARITA.—¿Y a Eduardo lo quiere?...

NICASIO.—¡No he de quererlo! Era la viva imagen de su finado padre. No sé si habrá cambiado. A lo mejor... La gente cambia con el tiempo.

CLARITA.—No creo. Era muy bueno conmigo, al menos, y con papá también. ¿Se acuerda de papá?...

NICASIO.—¡Si me acuerdo!... Ya lo creo. Usted sabe que yo lo veneraba, niña... Cuando él vivía, esto...

CLARITA.—¿No está contento?... ¿Le ha pasado algo?...

NICASIO.—No, niña. Nada.

CLARITA.— ¿Esto qué?... ¿Qué iba a decir?...

NICASIO.—Nada. No iba a decir nada... (Suena el timbre. Mucama atraviesa la escena).

MUCAMA.—(Regresando). Dos señoras dicen que traen un encargo.

CLARITA.—¿Y por qué no lo dejan?

MUCAMA.—Dicen que quieren entregárselo personalmente a la señora.

CLARITA.—Hágalas pasar. (Mucama sale). ¿Qué encargo puede ser?... (Mucama hace pasar a dos viejas beatas. Una de ellas trae una caja. Nicasio aprovecha aquellas presencias para irse. Mucama también desaparece).

ESCENA SEGUNDA

Clarita, Beatas

CLARITA.—Tomen asiento. (Extrañada). ¿De qué encargo se trata?

BEATA 1.a—Traemos la casulla que su mamá nos mandó bordar.

CLARITA. — ¡Ah! Ahora nomás debe llegar mamá. Pueden esperarla. Tomen asiento.

BEATA 2.a—Nos ha resultado un trabajo espléndido.

BEATA 1.a—¿Quiere verla?...

CLARITA.—¡Cómo no!...

BEATA 2.a—Imagínese que se la mostramos a la Madre Superiora del Convento y nos dijo que no había visto jamás un bordado semejante. Muéstrasela Ignacia.

BEATA 1.a—(Abriendo la caja). Cualquier sacerdote que la viera querría extrenarla en la misa cantada de Corpus.

CLARITA.—¿Y para quién es?...

BEATA 2.a—Yo creo, señorita, que su mamá la tiene reservada para algún obispo. (La muestra). Un trabajo de esta naturaleza debe tener un gran destino.

BEATA 1.a—No es porque nosotras la hayamos hecho, pero me parece soberbia. ¿No es así? Observe usted ese hilo de oro, la suavidad del tono en las flores, el primor del bordado.

CLARITA.—Muy linda, me parece. (Suena el timbre. Mucama atraviesa la escena).

BEATA 2.a—Yo creo que debe haber muy pocas casullas tan bien concluídas. Y fíjese en la estola que le hace juego.

BEATA 1.a—Parece que la señorita no conoce mucho este género de trabajos.

CLARITA.—Efectivamente. (Mucama, regresando, hace pasar al

doctor Marcó). En el Colegio de las Hermanas he visto algunos, pero no los sé apreciar, como sin duda lo merecen.

ESCENA TERCERA

Dichos y Marcó

CLARITA.—Doctor Marcó. (Mucama se va).

MARCO.—Buen día, hijita. ¿Qué tal?... (Un saludo respetuoso a las beatas que lo devuelven del mismo modo).

CLARITA.—¿A que no se acordó de mi encargo?

MARCO.—¿El palco para la conferencia de Ramón Cajal?...

CLARITA.—Si...

BEATA 1.a—¡Ay, niña! ¿Y usted va a oir a un hereje?...

BEATA 2.a—Ni que quisiera condenarse, Dios mío!...

CLARITA.—Yo no sé que sea hereje.

MARCO.—No había más, hija. Además... no creo que te pueda interesar el tema.

CLARITA.—Nunca me quieren llevar. Yo le he oído a Federico que habla muy bien.

MARCO.—Así es; pero... no es para niñas de tu edad. Se requiere, además, cierta preparación de que careces, por ahora.

CLARITA.—(A las beatas) Díganme señoras....

BEATAS 1.a y 2.a—Señorita...

CLARITA.—Señoritas... y perdonen. ¿No querrían dejar ustedes el encargo?...

BEATA 1.a—Es que, como usted puede imaginarse, señorita, preferimos conocer la impresión de su mamá. Si no estorbamos...

CLARITA.—De ninguna manera. ¿No desean tomar café con leche?...

BEATA 1.a—Mil gracias. Ya nos hemos desayunado.

CLARITA.—¿Usted sabe, doctor Marcó, que hoy llega Eduardo?...

MARCO—Si... Me lo habías dicho tú misma hace unos días.

CLARITA.—Pero... (Consultando su reloj) mamá ¡qué manera de tardar!... ¡Dios mío!

BEATA 2.a—Si es por nosotras no se incomode señorita. Esperaremos. No faltaba más.

CLARITA.—No. Perdonen. Es por mí que necesito el automóvil para ir con una amiguita hasta Palermo. (A Marcó). Me parece que hoy está más joven, doctor Marcó.

MARCO.—No te burles, Clarita.

CLARITA.— Porque me he de burlar?... Si es la verdad. Ya quisieran muchos jóvenes que yo conozco presentar ese aspecto tan fresco que tiene usted por la mañana.

MARCO.—¡Ay, hijita! ¡Qué buena eres!... Todo eso lo dices para halagarme. ¿No recuerdas que puedo ser tu padre?...

CLARITA.—Lo sé. Recuerdo todavía aquella sobremesa en que usted y el pobre papá sacaron a relucir las edades...

MARCO.—¿Y qué resultó?

CLARITA.—Que eran de la misma edad...

MARCO.—Así es. ¡Si lo sabré, hija!... No en vano nos sentábamos juntos en el banco de la escuela, en el Colegio Nacional, en la Facultad... (Aparece Etelvina).

ESCENA CUARTA

Dichos y Etelvina

CLARITA.—¡Ay, mamá! Ya estaba desesperada creyendo que no vendrías.

ETELVINA.— Por qué, hijita?... ¿Cómo está Marcó?...

MARCO.—(Dando su mano). Buen día señora. ¿Cómo lo pasa usted?

CLARITA.—Porque le había prometido a Elisa llevarla a tomar aire a Palermo. Seguramente me debe estar esperando. Hasta luego, mamá. Hasta luego, doctor.

ETELVINA.—Y vas a pie, hija?...

CLARITA.—¿Cómo a pie? ¿Has despachado el auto, mamá?...

ETELVINA.—Se lo envíe al padre Luis para que viniera.

CLARITA.—Plancha, entonces. ¡Qué dirá Elisa! ¡Caramba! ¿El padre Luis no puede venir a pie, o en coche o, tomar un automóvil él mismo?

ETELVINA.—(Con cierta severidad). ¡Clarita! ¿Qué palabras son esas, hijita?...

MARCO.—¡Pobre Clarita! ¿No vive en la otra cuadra Elisa?... ¿Porqué no le mandas avisar que te espere?... Yo despaché el mío, que sino podías haberlo aprovechado.

ETELVINA.—No faltaba más, doctor. El padre Luis no tardará en llegar.

CLARITA.—Iré yo misma a avisarle a Elisa.

ETELVINA.—Háblale por teléfono.

CLARITA.—Eso es.Le diré mejor que venga a buscarme aquí. (Sube por la escalera). Ah, mamá. Esas señoras te esperan. (Clarita desaparece).

ESCENA QUINTA

Marcó, Etelvina, Beatas

ETELVINA.—(Mirándolas con los impertinentes). ¡Ah, perdonen ustedes!... La ocurrencia de Clarita no haberme dicho nada.

BEATA 1.a—¡Valiente, señora!...

ETELVINA.—¿Terminaron ustedes el trabajo?...

BEATA 2.a—Aquí lo tiene usted en esta caja.

ETELVINA.—¡Cuánto me alegro! ¡Comenzaba a inquietarme ya! (A Marcó). Es un obsequio que le quiero hacer al padre Panard. Y quería aprovechar la fiesta de mañana.

BEATA 1.a—Comprendo, señora. ¡Será un regalo bien digno por cierto de creyente tan generosa como la señora.

BEATA 2.a—Y de la elocuencia del destinatario. ¡Es una maravilla el padre Panard! Qué manera de hablar, señora!

BEATA 1.a—La santa tribuna no ha tenido entre nosotros un exponente más alto de cultura.

BEATA 2.a—Y luego su voz, su acento, su manera de argumentar, la belleza de sus imágenes... ¡Ay, señora! Cuando lo oigo me parece estar en el paraíso.

ETELVINA.—Así es. (Toca un timbre).

BEATA 1.a— ¡Y tan joven como es!... ¡Le quedará tan bien esta casulla!

ETELVINA.—(Observándola). Es magnífica, verdaderamente. ¿Quiere verla, Marcó?...

MARCO.—(Acercándose). Yo no entiendo gran cosa... (la observa), pero es admirable ..

BEATA 1.a—Muchas gracias.

ETELVINA.—Muy bien. (A Mucama que aparece). Ponga esta caja en el escritorio. (Mucama carga la caja y desaparece con ella).

BEATA 2.a—Nos alegramos mucho señora que sea de su agrado.

ETELVINA.—¿En cuánto habíamos arreglado?...

BEATA 1.a—En quinientos pesos; pero no tenemos ningún apuro. señora.

ETELVINA.—No faltaba más. Ninguna deuda más sagrada que esta. (Le paga con un cheque).

BEATA 1.a—Un millón de gracias, señora.

BEATA 2.a—Sabe la señora que estamos a su disposición y que en estas santas labores no admitimos competencia.

BEATA 1.a—A los pies de la señora.

BEATA 2.a—Para servir a usted, y muchas gracias.

ETELVINA.— Lo mismo digo. (Se van las Beatas después de hacer una ligera inclinación de cuerpo a Marcó que les responde de igual suerte).

ESCENA SEXTA

Marcó, Etelvina

ETELVINA.—¡Pobrecitas! ¡Tan buenas que son!

MARCO.—Así parecen al menos. ¿Se ocupan de eso tan sólo?...

ETELVINA.—Son dos hermanas solteras que me recomendó la madre María del Carmen. Las pobrecitas perdieron al hermano que las sostenía y yo les he dado la casita de la calle Tacuarí para que vivan y puedan trabajar sin desatender sus prácticas religiosas.

MARCO.—Dígame señora. ¿ Aquella casa tan grande de la calle Belgrano la tiene alquilada?...

ETELVINA.—No. En vida de mi esposo esa casa estuvo alquilada a un colegio que dirigía el doctor Fernández, hombre sin escrúpulos, según me enteré después, liberal, enemigo de la Iglesia, que inculcaba en el espíritu de los niños ideas adversas a la Religión Católica. ¡Imagínese! Hacer semejante cosa con los niños que los

padres inocentes ponían bajo su custodia con el objeto de educarlos. Me parecía que dejando en tales manos la propiedad yo misma me hacía cómplice del escándalo. Y, naturalmente, le pedí el desalojo. Tuvo la insolencia de pleitearme...

MARCO.—Pero la desocupó.

ETELVINA.—Desde luego.

MARCO.—Le preguntaba porque Menéndez me pidió que intercediera ante usted para que se la alquilase y poner allí una academia de pintura.

ETELVINA.—Si... Yo se la alquilaría muy gustosa al pobre Menéndez. ¡Cómo no!... Pero... esa casa la ocupa un colegio de hermanas.

MARCO—¡Ah!...

ETELVINA.—He preferido cedérsela gratis antes de que pudiera caer nuevamente en manos herejes. ¿No le parece que he hecho bien Marcó?

MARCO.—Lo que usted hace está bien hecho, señora. El pobre Menéndez se me presentó con una recomendación del ministro... ¡No es nada!... Ya encontrará...

ETELVINA.—En todo caso voy a averiguar si tengo libre alguna casa grande y le avisaré...

MARCO.—Perfectamente, señora. (Se hace un largo silencio). ¿Y nuestro pequeño asunto, Etelvina?...

ETELVINA.—Pero Marcó... ¡Qué hombre precipitado es usted por Dios!

MARCO.—Perdóneme, Etelvina, pero... desde que tuve el valor de confesarle mi afecto, los días me parecen siglos... No voy a la Cámara ni al estudio, seguro de que no me será posible prestar la atención debida a los debates o a los expedientes. ¡Parezco una criatura! Sí, lo comprendo... Perdóneme usted...!

ETELVINA.—No digo tanto, Marcó; pero... considere que no soy una chica y que por mis hijitos, por Clarita, por mi misma, debo reflexionar con toda tranquilidad su proposición matrimonial.

MARCO.—¿Es que usted quiere consultar el caso con Eduardo?

ETELVINA.—No. Demasiado sabe usted que Eduardo fué siempre un extraño para mí. Nunca me quiso bien; más aún, creo que hasta me odiaba, sin duda porque al verme junto a su padre pensaba en su madre muerta. Precisamente mi finado esposo lo envió a Europa para evitarme disgustos. Y aunque ahora llegue con su título de ingeniero y esté en condiciones de aconsejar, no pienso consultarle nada de lo nuestro. A él menos que a nadie. ¡No faltaba más! Lo nuestro lo reflexionaré yo, y yo, sólo yo, lo decidiré Marcó.

MARCO.—¿No se opondrá, Eduardo?...

ETELVINA.—Puede usted estar seguro que cualquiera que fuese su actitud a este respecto no influirá absolutamente nada en mis determinaciones.

MARCO.—Muy bien. Esperaré entonces. (Suena el timbre; aparece la Mucama que atraviesa el escenario y Clarita desciende por la escalera)

ESCENA SEPTIMA

Dichos y Clarita

CLARITA.—(Bajando) Mamá. Elisa va a venir hasta aquí.

MARCO.— Menos mal, Clarita, que has arreglado tu conflicto. (Regresa Mucama que desaparece de inmediato. Tras ella entra Federico).

ESCENA OCTAVA

Dichos y Federico

CLARITA.—(Con alegría) ¡Federico!...

FEDERICO.—¿Cómo te va Clarita?

CLARITA.—¡Qué milagro a estas horas!

FEDERICO.—¿Cómo está señora?

ETELVINA.—Bien gracias. ¿Todos bien?

FEDERICO.— Todos, gracias. Doctor Marcó ¿cómo le va?...

MARCO.—Muy bien hijo, no obstante la acerba crítica de mi proyecto que ayer has hecho en "El Diario".

FEDERICO.—(Extrañado) ¿Acerba? No lo creo. Me he concretado a sostener y a demostrar que el espíritu que informa a su proyecto es francamente conservador. Nada más. Y lo he hecho porque

hay quien asegura maliciosamente lo contrario. Esta es una época de simulacros en el mundo de la política. La dialéctica pretende reemplazar a la lógica y la táctica de la lucha suele olvidar la razón primordial de los principios. Así, hay católicos que parecen liberales y conservadores que aparentan cierto revolucionarismo porque ello conviene a la vida de las ideas cuya defensa les ha sido encomendada. Y como a nosotros, los hombres nuevos que formamos falange en el partido nos conviene poner las cosas en claro, he analizado su proyecto, argumentando con toda lealtad y sencillez. Por lo demás, creo precisamente que usted, desde su punto de vista hace muy bien, y por eso lo ataco.

MARCO.—¿Y cual es mi punto de vista?

FEDERICO.—Y... creer que las instituciones son inmutables, que la organización actual no es susceptible de modificaciones, que toda tentativa de evolución hacia una forma menos inicua de la actividad humana comporta serios peligros...; pero... no es el caso de discutir sistemas ni de provocar una polémica alrededor de las ideas. No ganaría nada usted, ni yo tampoco. Al contrario, posiblemente aburriríamos a la señora y a Clarita, que no tienen ninguna culpa de que pensemos de diverso modo. ¿No es así?

CLARITA.—Yo confieso que me gusta oirte hablar...

ETELVINA.—¿Es cierto que te harán diputado?

FEDERICO.—No creo; no aspiro tampoco a llegar tan pronto al Parlamento.

MARCO.—Y serías un buen elemento, te lo aseguro. Demasiado avancista tal vez, como todos los jóvenes de tu partido, pero, sin duda, eficaz...

FEDERICO.—Bueno. Hablemos de otra cosa. Yo vengo a preguntarles si no van a recibir a Eduardo, tu hermano Eduardo, Clarita, su hijastro, señora, mi mejor y mi más querido amigo. El vapor está por llegar y en caso de ir no hay que perder el tiempo. Yo, en la suposición de que ustedes me acompañarían saqué las tarjetas para entrar al desembarcadero.

CLARITA.—¡Ay! ¿De veras? ¡Qué lindo! Yo iría, mamá. ¡Pobre Eduardo! Le daremos una gran alegría si lo esperamos.

FEDERICO.—Es claro. Pensando eso saqué las entradas.

CLARITA.—¿Me dejas ir mamá?

FEDERICO.—¿Y cómo no te va a dejar?

ETELVINA.—Naturalmente. Pero... ¿no decías recién que vendría Elisa a buscarte?

CLARITA.—Es cierto. (La Mucama atraviesa el escenario).

FEDERICO.—La llevamos a Elisa también.

CLARITA.—¿Cuántas entradas tienes?

FEDERICO.—Cuatro.

CLARITA.—¿Tú no vendrás mamá?

ETELVINA.—No; yo no, hijita. Puedes ir, si así lo deseas, con Federico, Elisa y el doctor que, sin duda, no tendrá inconveniente en acompañarlos. ¿No es así?

MARCO.—De mil amores. Será para mí un gran placer el recibirlo.

ETELVINA.—Y creo que tu hermano Eduardo no se podrá quejar por falta de recibimiento. (Aparece con Mucama, Elisa).

ESCENA NOVENA

Dichos, Elisa, Mucama

ELISA.—Buen día, a todos.

TODOS.—Muy buenos...

CLARITA.—¡Ay!..¡ ¿Nos acompañas a recibir a Eduardo?

ELISA.—Con muchísimo gusto, Clarita. Cuando venía, recordaba precisamente que hoy era el día de la llegada, según tus noticias.

ETELVINA.—Estás lo más mona, Elisa.

ELISA.—Déjese, señora; nada de eso.

CLARITA.—¿Y no ha venido el automóvil?...

MUCAMA.—Si señorita. (A Etelvina) Están los padres esperando, señora.

ETELVINA.—Hágalos pasar. (Mucama se va).

MARCO.—Nos vamos entonces. (Todos se disponen a irse).

CLARITA.—Hasta ahora mamá.

TODOS.—Hasta ahora.

ETELVINA.—Se las recomiendo, doctor.

MARCO.—Pierda cuidado. (Se van Clarita, Federico, Marcó y Elisa. Al propio tiempo entra Mucama que desaparece de inmediato, padre Luis y padre Panard).

ESCENA DECIMA

Etelvina, padre Luis, padre Panard

P. LUIS.—Muy buenos días, señora.

ETELVINA.—Buenos, padre.

PANARD.—(Dando su mano) ¿Cómo está señora?

ETELVINA.—Tomen asiento, padres.

LUIS.—Me pareció haber reconocido la voz de Clarita que salía. ¿No es así?... Ya no veo...

ETELVINA.—Así es. Van a recibir a mi hijastro Eduardo que regresa hoy de Europa, después de varios años de ausencia como usted sabe.

LUIS.—Sí, sí...

PANARD.—¿Eduardo? ¿No es el que su finado esposo envió a Europa?

ETELVINA.—Así es, padre. El y Clarita son hijos de mi finado esposo en su primer matrimonio... Cuando contraímos enlace, era ya un hombrecito, — quince años — y el padre, a fin de evitar que el muchacho, un tanto levantisco, pudiera desviarse — usted sabe, padre, que para un joven así y entre nosotros, una madrastra es siempre una madrastra — le envió a estudiar a Europa. Ahora acaba de recibirse y como es mayor de edad viene a reclamar su parte en la testamentaría de mi esposo.

PANARD.—¿Dónde se ha educado?

ETELVINA.—En Francia e Inglaterra.

PANARD.—¿Es de ideas cristianas?

ETELVINA.—Lo ignoro, padre. Pero sospecho que no... Mi finado esposo, como usted sabe, pecaba de liberal, y de liberal rojo, como dicen... Yo insistí en que enviara a Eduardo a las Universidades Católicas de Lovaina, pero él se opuso y lo envió a París.

PANARD.—¿Y viene a radicarse aquí?

ETELVINA.—No lo sé, padre, pero creo que sí...

PANARD.—¿A esta casa?

LUIS.—Sin duda... Es la casa del padre...

ETELVINA.—En efecto. Es la casa de mi esposo y está comprendida entre los bienes sucesorios. ¿Por qué, padre?

PANARD.—Por nada, señora. Una simple observación. Si no es joven de prácticas religiosas y más: si es del color liberal del padre, ahora más que nunca se evidencia el peligro que hizo al padre enviarlo a Europa. En una casa tan santa y cristiana como esta, no se encontrará muy bien un joven librepensador... Por lo demás, tratará de ejercer influencia sobre su hermana y acaso sobre sus hermanitos, y eso agrava el peligro.

LUIS.—Yo no lo veo tan grave... Al fin viene a la casa de su padre, al seno de su familia...

PANARD.—Perdóneme, padre Luis, pero usted no ve ni lo grave ni lo claro.... Es usted un tanto ingenuo...

LUIS.—Dirá usted sincero...

PANARD.—Como usted quiera, pero no deja de ser ingenuo. Y hay que ver las cosas a través de un cristal un poco más claro que el de las primeras impresiones.

ETELVINA.— Yo francamente, ignoro sus intenciones. Sus cartas son muy lacónicas, pero sé que viene a tomar posesión de su hijuela y después hará lo que su voluntad le dicte. Y a propósito, padre. Usted sabe que el doctor López se ha ido a Norte América.

LUIS.— ¿El doctor López?...

ETELVINA.—Sí. El abogado que entendía en el expediente sucesorio.

PANARD.—¡Ah!, sí, efectivamente...

ETELVINA.—Y, desde luego, yo quería consultarles a qué abogado puedo yo confiar mi representación en este caso.

PANARD.—Pues...

LUIS.—¿Y...

PANARD.—(Que iba a hablar antes). Diga, padre...

LUIS.—No. Iba a preguntar si había necesidad de abogado para

una gestión tan simple como es la entrega de una hijuela.

PANARD.—(Un tanto mortificado). Naturalmente que sí, padre Luis. El letrado es imprescindible en esta circunstancia. Creo que el doctor Arcos es el indicado. Espíritu ponderado, aunque joven, sumamente activo, de una vasta preparación jurídica, un hombre serio y cumplidor de las prácticas religiosas, en una palabra, tal cual lo requiere una misión tan delicada como la que usted debe confiarle. Yo se lo mandaré, señora.

ETELVINA.—Muy bien. Se lo agradeceré mucho, padre.

LUIS.—Señora... antes de que me olvide. Traigo acá ciento noventa y tres pesos que sobraron en el reparto de los niños pobres.

ETELVINA.—Los hubiera obsequiado, padre Luis...

PANARD.—Si la señora quisiera hacer caridad con ese resto, le indicaría el amparo de una pobre señora cuyo marido ha quedado ciego y, en consecuencia, inutilizado para el trabajo. Nosotros lo contrataremos para el coro a fin de auxiliarlo...

ETELVINA.—Me parece una excelente idea. (El padre Luis entrega el dinero a Panard).

PANARD.—(Cuenta) Ciento noventa y tres.

ETELVINA.—(Entregando a Panard un billete). Y agréguele esto, además.

PANARD.—¿Quinientos, no?

ETELVINA.—Dios quiera le sirvan para algo al menos.

PANARD.— Oh, le servirán, señora...

LUIS.—Y ahora... si la señora me permite... puedo darle una respuesta acerca dé la consulta espiritual que tuvo a bien hacerme días pasados... Por cierto que sintiéndome demasiado viejo... los años no respetan nada... he querido ilustrar mi opinión con el concurso de los elementos más caracterizados de nuestra santa madre.. Mi ilustre doctor Panard, estuvo presente en la reunión donde estudiamos su consulta y él, seguramente mucho mejor que yo, puede informarle respecto del resultado.

ETELVINA.—¿Por qué? ¿Es desfavorable acaso la contestación?

PANARD.—Nada de eso, señora. Todo lo contrario. He sostenido —y esa fué en definitiva la opinión triunfante—que si bien es cierto que el doctor Marcó no es un católico declarado, tampoco ha sido un liberal definido. Ni en el Parlamento, ni en su labor periodística, ha dejado indicios respecto de sus ideas religiosas, lo cual, en el fondo, nos crea la obligación de atraerlo, porque en realidad es una persona inteligente, rica y de considerable vinculación en las esferas del gobierno. Ganándolo, ganaríamos no solamente un nombre y una actividad, ganaríamos una influencia, señora, con que enriquecer la obra de verdadera defensa social que la Iglesia realiza en estos momentos de incertidumbre para el mundo. Dios ha querido que usted sea, señora, precioso instrumento de su piadosa obra, encendiendo en su pecho la llama de una dulce simpatía por el diputado Marcó. Y, en consecuencia, acoje con beneplácito su matrimonio de usted.

LUIS.—Por lo que yo desde ya, presento mis plácemes y mis mejores augurios.

ETELVINA.—Mil gracias, padre. Han de perdonarme ustedes tanta molestia como les causo.

PANARD.—En cambio, señora; — y esto va tan solo por mi cuenta, en la seguridad de que todas nuestras opiniones serán coincidentes —sería menester, a ser ciertas las informaciones que tengo, alejar un poco de su casa a este joven doctor Federico Pintos...

ETELVINA.—¿Por qué, padre?... Federico se ha criado con mis hijos, se puede decir.

LUIS.—No comprendo, en verdad... padre Panard.

PANARD.—No se si aventurarme a decir que festeja a su niña.

ETELVINA.—No lo creo, padre. La conoce desde criatura, y aunque así fuera...

PANARD.—¿Cómo señora? ¿Permitiría usted que su hija, un modelo de virtud, una criatura hecha y educada para el bien, fuera a parar en brazos herejes? El joven Pintos es un socialista furibundo, enemigo furioso de la iglesia, un elemento disolvente de nuestra sociedad...

LUIS.—Eso es cierto, pero... es joven y puede transformarse...

PANARD.—Es de los que no se transforman...

LUIS.—¡Oh! Ese es el pecador que puede arrepentirse para llegar a valer más que los noventa y nueve justos...

PANARD.—Ilusiones, padre Luis. La Iglesia, luchando por el bien de la humanidad, no puede vivir sino de realidades. Y la realidad es que siendo el doctor Pintos socialista, y socialista radical, es decir, de esos que no disfrazan su credo, es nuestro enemigo...

ETELVINA.—Estoy verdaderamente impresionada. Había oído decir, si, que era orador político, pero nunca he pensado ni remotamente que llegara a tales extremos.

PANARD.—Imagínese, señora, lo que podría ocurrir dentro de una familia como la suya, que practica tan piadosamente la religión, si en ella se infiltrara un elemento de semejante naturaleza.

ETELVINA.— Tiene usted razón, padre Panard. Pero creo que nada de eso sucederá. Puedo asegurarle que nada de eso sucederá. Por lo demás... usted me permitirá que esta tarde le envíe una casulla que he mandado bordar para usted...

PANARD.—Siempre tan amable la señora...

ETELVINA.—Si usted quiere verla.

LUIS.—La que usted me obsequió, señora, la he usado tres veces.

PANARD.—Con mucho gusto...

ETELVINA.—Pasen (señalándole la derecha, por donde se van Etelvina, padre Luis, padre Panard, al propio tiempo que aparece Nicasio, el cual se dirige hacia la izquierda en momentos que entra Eduardo seguido de todos sus acompañantes).

ESCENA XI

Eduardo, Federico, Clarita, Elisa, Marcó, Nicasio

EDUARDO.—(Abrazando al viejo servidor) ¡Nicasio!... ¡Mi querido viejo Nicasio!

NICASIO.—El niño Eduardo (todo conmovido ante el abrazo). El mismo niño Eduardo. Dichosos los ojos...

CLARITA.—¿Y mamá se fué?

NICASIO.—No, niña. Ahí está...

FEDERICO.—Ve a buscarla, Nicasio. (Nicasio se va).

EDUARDO.—(Tomando de los brazos a Clarita) ¡Clarita!... ¿Te acuerdas Federico?... ¿Qué me dices?... Ya es una señorita... con novio seguramente...

CLARITA.—Sin novio, Eduardo.

ELISA.—Mentira... Yo creo que tiene.

CLARITA.—¡Oh. zonza!... Parece mentira.

EDUARDO.—(Sonriéndole) Por algo te enojas.

FEDERICO.—Te acuerdas Eduardo cuando nos decía, (imitando), ¿quelés dalme más dulazno?

CLARITA.— ¡Qué gracioso! (Aparece Etelvina, con padre Luis y padre Panard).

ESCENA XII

Dichos, Etelvina, padre Luis, padre Panard

EDUARDO.—(A Etelvina, besándole la mano) ¡Señora!...

ETELVINA.—(Con suave frialdad) ¿Has hecho una buena travesía?

EDUARDO.—Excelente, señora. (Observando a los padres) ¿Estos señores?...

ETELVINA.—El padre Panard, uno de nuestros más ilustres sacerdotes, el padre Luis...

PANARD.—Celebro mucho conocerlo joven....

LUIS.—Lo mismo digo, caballero...

EDUARDO.—(Secamente, al punto de indignar a los "frailes") Igualmente. (Les da la espalda) ¡Clarita!

CLARITA.—¿Qué?...

EDUARDO.—¿Y tus hermanitos?...

ETELVINA.—En el colegio.

FEDERICO.—Sufriendo los pobres.

MARCO.—¿Por qué?...

FEDERICO.—Digo solamente.... por decir; porque cuando yo estuve como ellos recluído en un colegio, sufría...

EDUARDO.—¿Cómo? ¿Pedrito y Juan Carlos no están en el Colegio Nacional?

ETELVINA.— Están en el colegio que dirige la madre Costanza.

EDUARDO.—(Asombrado) ¿En un colegio de monjas?

ELISA.—¿Y qué tiene? ¿Porqué se asombra usted tanto?

PANARD.—Eso mismo preguntaría yo. ¿Porqué se asombra usted tanto?

ETELVINA.—En efecto... ¿a qué viene ese asombro?

EDUARDO.—(Observando el cuadro) ¡Ah! (Como si recibiera una luz repentina) Comprendo... comprendo... (a Elisa) que usted no sepa las razones de mi asombro está bien Elisa; pero que (a Etelvina) la señora lo ignore, no lo entiendo francamente. Tenías razón Federico! ¡Esta no es la casa de mi padre!

ETELVINA.—¿Qué quieres decir?

EDUARDO.—¡Clarita! ¿Cómo has permitido suplantar el retrato de tu padre por el de un extraño?...

CLARITA. — Y yo que sé...

ETELVINA.—¿Qué quieres decir? te pregunto.

EDUARDO.—Que es absolutamente ridículo que en casa de mi padre, el leader que fué del movimiento liberal en el país, se haya permitido una intromisión oscura..

PANARD.—¡Caballero!...

MARCO.—Hijo mío ¿qué dices?

EDUARDO.—¿Qué digo? ¿Qué se ha hecho, pregunto yo, para mancillar de tal suerte el recuerdo de mi padre?...

PANARD.—¡Caballero!...

EDUARDO.—Mi padre no fué nunca hombre de Iglesia y fué por lo contrario su mayor enemigo.

ETELVINA.—¡Eduardo!...

LUIS.—Tal vez...

PANARD.—Pero... su padre no existe.

EDUARDO.—En cambio existe el impudor para apropiarse sin duda

ETELVINA.—(Sin lograr cortarle las palabras, se dirije afligida a los padres) Les ruego que no hagan caso, les suplico.

EDUARDO.—de lo que mi padre dejó para que no se convirtiera en instrumento de sus enemigos...

PANARD.—Es tan insólita su actitud que... con el permiso de la señora preferimos retirarnos.

ETELVINA.—Perdonen ustedes, padres.

PANARD.—Desde luego, señora, queda usted perdonada. (Se van los padres).

ESCENA XIII

Dichos, menos los padres

ETELVINA.—¡Dios mío!... ¿Qué has hecho, Eduardo? (sollozando) ¡qué atrocidad!

EDUARDO.—(Después de un silencio, a todos) ¡Y todavía lo que tendré que hacer!...

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior

ESCENA I

Eduardo, Nicasio

(Entran de la calle Eduardo, con sombrero, seguido de Nicasio. Eduardo deja el sombrero en cualquier sitio, y, como decidido a afrontar la situación creada con su arribo a la casa paterna interroga al criado).

EDUARDO.—Bien, Nicasio. Dejemos las efusividades para otro momento. Ahora es otra cosa lo que me interesa.

NICASIO.—Como usted guste, niño...

EDUARDO.—Tú has sido un fiel servidor de mi padre...

NICASIO.—Desde que éramos muchachos, puedo decirlo, niño...

EDUARDO.—Lo sé. Has sido luego un buen amigo mío y lo seguiste siendo de la casa, a pesar de todo... Por eso quiero preguntarte algo que me es de suma importanca saber.

NICASIO.—Pregunte no más, niño...

EDUARDO.—Después que yo me fuí a Europa, mejor dicho, después que papá se casó nuevamente, ¿hizo amistad con curas?

NICASIO.—No lo sé, niño; pero creo que no.... Por lo menos en la casa nunca ví a ninguno....

NICASIO.—Desde que agravó su enfermedad, niño... En los últimos días...

EDUARDO.—¿Sabes tú si él los llamó?....

NICASIO.—No, niño ¡qué había de llamar! pero como perdió la razón casi, la señora Etelvina hizo venir a ese cura viejo, el padre

Luis, que era su confesor... Y detrás de ese vinieron los otros.

EDUARDO.—(Como consigo mismo). Y desde entonces...

NICASIO.—Vienen todos los días y gobiernan como en su casa, niño... Esta ya no es la casa del doctor Muñiz, el viejo liberal! ¡qué ha de serlo!

EDUARDO.—¿Tú crees que esos señores ejercen alguna influencia en... en la señora Etelvina?

NICASIO.—Sí, niño: absoluta! Ella los consulta en todo y cuando no vienen los manda llamar... Después, siempre les da dinero, casas, terrenos. ¿Ve? (Señala el retrato del obispo) Ese retrato se lo regaló un obispo, o arzobispo o no se qué, cuando ella le dió una punta de miles de pesos pal bolo de San Pedro...

EDUARDO.—Bien. ¿Y dime? ¿Desde cuando están los niñitos de la señora en ese colegio religioso, a pupilos?

NICASIO.—Desde el año pasado, niño...Pobrecitos... Si viera como lloraban... La señora decía que no podían quedar aquí, porque como siempre está tan ocupada con las cosas de la Iglesia, los niños se criaban mal con las "istitutrices"... Y el cura viejo ese les buscó un colegio... que, precisamente está en la casa vieja de la Belgrano. ¿Se acuerda, niño?

EDUARDO.— Hasta eso! Dime: ¿Y de mí? ¿Se habló algo de mi regreso? ¿Me conocen esos señores?

NICASIO.—Tanto no sé... pero creo que sí. Usted sabe que los sirvientes lo hablan todo... Y anoche se comentaba que usted los había desairado... y que se yo. Y hoy la señora les mandó una carta por el portero a los curas y otra al doctor Marcó...

EDUARDO.—Bien... Puedes retirarte, Nicasio... Muchas gracias. Y ya sabes; mucha reserva...

NICASIO.—Pierda cuidado, niño. Con permiso (hace un mutis por izquierda y vuelve, diciendo) El niño Federico! (Eduardo se vuelve. Mutis Nicasio).

ESCENA II

Eduardo, Federico

FEDERICO.—(Entrando) ¡Hola! ¡Has madrugado!...

EDUARDO.— ¡Bah! Ya he dado un paseo por la ciudad.

FEDERICO.— Y yo que venía a invitarte a dar una vuelta por ahí...

EDUARDO.—Lo haremos más tarde. Ahora estoy preocupado en darle un corte definitivo al incidente de ayer con los curas esos... Quiero hablar seriamente con mi madrasta...

FEDERICO.—¿No hablaste anoche?

EDUARDO.— No. No quiso sentarse a la mesa, pretextando una indisposición. Y yo no insistí. Hoy estará más calmada... Y no hay tiempo que perder...

FEDERICO.—¡Bah! No te preocupes, hombre. No vale la pena...

EDUARDO.—No: estas cosas deben cortarse por lo sano Por lo demás los dados han sido echados. No es posible continuar en la situación creada por mi madrastra anoche... o si tu, quieres, por la creada por mí ayer. Debemos hablar, y hablar claro!

FEDERICO.—Como quieras!... ¿Será necesario que me vaya?...

EDUARDO.—No. Quédate. Tan pronto no será... Y acaso te necesite. (Aparece Clarita por derecha).

ESCENA III

Dichos, Clarita

CLARITA. — ¡Buenos días! ¡Qué madrugadores!

EDUARDO.—Buen día, Clarita...

FEDERICO.—¿Has visto? (saludándola) Vine a buscarle para dar un paseo y ya lo había hecho él solo...

CLARITA.—¿Te habrás levantado a las 4 de la mañana?

EDUARDO.—No. A las 7. Si son ya más de las diez. ¿Tú recién te levantas?

CLARITA.—No, hace una hora ya, pero estuve conversando con mamá. (Se pone seria).

EDUARDO.—¿Con mamá?

CLARA.—Si, con mamá Etelvina!

EDUARDO.—¿De mí, sin duda?

CLARITA.—Si. De tí. (con tristeza) Y de Federico.

FEDERICO.—¿De mí también?

CLARITA.— Sí. ¿Te extraña? Pues de tí acaso, se habló más...

y con mayor seriedad.

FEDERICO.—Pues no entiendo...

EDUARDO.—Veamos... Cuenta... (se sienta).

CLARITA.—¿No se lo vas a decir?

EDUARDO.—¡Bah! ¿Puedes dudar de mí? Veamos: ¿de qué hablaron?

CLARITA.—¿No escucharán? (Observa la escena) Porque mamá espera a Marcó y a los padres... Los ha mandado llamar...

EDUARDO.— Bah... Y aunque escuche. Creo que no tendrá nada de malo lo que han hablado ustedes.

CLARITA.—No... de malo, no... pero sí, de triste... Me dijo... figúrate... que se pensaba casar otra vez (Federico y Eduardo cambian una mirada de inteligencia).

EDUARDO.—¿Casarse?

FEDERICO.—¿Con quién?

CLARITA.—Yo no me atreví a preguntárselo... pero supongo que con Marcó. Con Federico ya lo sospechábamos. ¿Verdad?

EDUARDO.—¿Y te consultó a tí?

CLARITA.—Consultarme, no; me dijo no más que se pensaba casar, porque aquí se necesitaba un hombre... que dirigiera el hogar y que impusiera una autoridad que falta en la casa.

EDUARDO.—¿Y no estoy yo, para eso?

CLARITA.—Eso mismo me atreví a insinuarle, pero me contestó muy amargamente, que tú no eres el hombre que se necesitaba aquí; que por el contrario, si algo la apresuraba a tomar una medida así era tu propia llegada...

EDUARDO.—Muy bien...

CLARITA.—Que tú eres un descreído y un hereje... lleno de ideas raras adquiridas en Francia y enemigo de la religión como lo probaba la grosería, — así mismo lo dijo — con que trataste ayer a los padres... que ella es religiosa y que por respecto a sus mismas creencias deberías ser tolerante... y no lo eres.

EDUARDO.—¿Y eso es lo que te ha entristecido? ¡Bah! También lo sabía yo...

CLARITA.—Sí, me ha entristecido, porque yo creía que con tu llegada se iba a completar nuestra felicidad... y veo que sucede lo contrario... Además (con pudor) yo también esperaba algo de tí... y temo que lo hayas echado a perder inconscientemente...

EDUARDO.—¿Y que es lo que esperabas de mí?...

CLARITA.—No... Ahora no te lo digo... Otro día...

EDUARDO.—Pero ¿por qué?

CLARITA.—No, no me obligues, porque si no me voy. Hoy no te lo digo.

FEDERICO.—Y de mí... ¿qué hablaron?

CLARITA.—(Seria) Eso también es grave...

EDUARDO.—¿También?... ¿Por qué?

CLARITA —Porque me dijo que veía con desagrado las frecuentes visitas de Federico... que no le gustaba nada la confianza que tenía conmigo y yo con él...

EDUARDO.—¡Cómo! ¿También rechaza ahora a Federico?

CLARITA.—Me dijo que Federico era sin duda tu informante y que tenía tus mismas ideas y acaso, peores; que era un enemigo militante de la Iglesia, y en consecuencia de nuestra propia casa... Y que veía un peligro en esa confianza porque algún día... yo... en fin... él... podía enamorarse... y...

EDUARDO.—¡Basta!... Esos son también consejos de esos señores... y eso sí que yo no lo consentiré... Que ellos la administren a tu madrastra como a cosa propia, pase... pero que quieran también administrar tu dicha, tu inocencia, tu voluntad... eso no!...

FEDERICO.—¡Que inicuos! De modo que la emprenden conmigo también?

CLARITA.—Yo no sé si son consejos de ella... Pero lo supongo. Hasta ayer, mamá te apreciaba mucho y nunca hizo objeción ninguna a nuestra amistad...

EDUARDO. — ¿Comprendes ahora por que quiero precipitar los hechos?... Ellos no se detienen en armas ni en tiempo... Pues yo tampoco... (A Clarita) ¿Tú sabes donde están los nenes?

CLARITA.—En el Colegio de las Hermanas del Huerto... ¿Por qué? ¿Qué piensas hacer?

EDUARDO.—¿Tú los visitas?...

CLARITA.—Si, dos veces por semana... Y algunos días los traigo también...

EDUARDO.—Perfectamente. Vete a vestir. Irás con Federico a buscarlos.

CLARITA.—Pero hoy no es día de salida...

EDUARDO.—¡No importa! Yo quiero verlos! Tú irás a buscarlos y los traerás aquí... Diles a las hermanas esas que yo los pido... (Se aproxima al foro y llama) Nicasio...! Nicasio!...

CLARITA.—Pero... ¿ahora mismo los quieres?

EDUARDO.—Si, ahora mismo... Vete a vestir!

NICASIO.—(Entrando) ¿Llamaba, niño?

EDUARDO.—Haga preparar el auto. Va a salir Clarita...

NICASIO.—El auto ha salido a buscar al padre Luis...

EDUARDO.—¡También eso! ¿Está el coche?

NICASIO.—Si, niño.

EDUARDO.—Bien. Que lo aten.

NICASIO.—Acaba de llegar el doctor Marcó y pide hablar con la señora...

EDUARDO.—Bien: Que pase y hágalo anunciar con la criada. (Mutis de Nicasio) (A Federico y Clarita) Vete a vestir tú y me llamas cuando estés pronta, tú acompañame a mi cuarto, entretanto... (mutis por derecha los tres. Entra una criada por foro y sube la escalera. Detrás de ella entra Marcó y se sienta en el sofá).

ESCENA IV

Marcó, luego Etelvina

(Baja Etelvina por la escalera. La criada detrás suyo, hace mutis por foro)

ETELVINA.—Buenos días, Marcó.. ¿Cómo está usted?

MARCO.—Buen día, Etelvina...

ETELVINA.—Perdóneme que le haya hecho llamar tan intempestivamente, pero creí necesario hablar con usted, sin dilaciones...

MARCO.—Sabe usted Etelvina que estoy a sus órdenes...

ETELVINA.—Gracias... Pero es el caso que, como me lo temía, Eduardo ha comenzado a mostrar las uñas... Ni siquiera ha tenido en cuenta el momento... Como si viniera predispuesto a ello... Usted presenció su triste actitud de ayer con los padres...

MARCO.—Sí, en efecto...

ETELVINA.—¿Y le parece a usted correcto ese proceder?

MARCO.—No, por cierto. Al fin y al cabo recién llegaba, ni tenía necesidad de manifestarse así...

ETELVINA.—No, Marcó. No tenía derecho! Con su actitud de ayer, Eduardo me revela la irremediable discrepancia que existe entre él y yo... Y más aún, me prueba que viene decidido a humillarme, a gobernarme, a hacer cosa propia de lo que no le pertenece... Eduardo y yo no nos podremos poner de acuerdo nunca... Por eso le he llamado, Marcó...

MARCO.—Usted dirá, Etelvina...

ETELVINA.—Usted se ha dignado honrarme con su propuesta de matrimonio...

MARCO.—Si, Etelvina, porque la amo... porque a mi edad y con mi experiencia y serenidad he pensado que se hace indispensable afrontar lo que resta de vida, constituyendo un hogar, normalizando la existencia... Y usted es la mujer ideal que yo necesitaba y he anhelado siempre...

ETELVINA.—Gracias, Marcó... Usted sabe también que no me ha sido indiferente nunca, desde que la muerte de mi esposo me dejó librada a su noble amistad y a su buen consejo... Perdóneme, si hasta ahora he reservado esta confesión y me he mantenido un tanto dudosa en la respuesta a su pedido... pero he querido darla segura de mi misma, meditada y resuelta... He consultado su proposición con mi conciencia, con mi situación... y perdóneme usted, hasta con mi confesor... y nada hay que se oponga a ella...

MARCO.—(Tomándole la mano con efusión) Gracias, Etelvina... Me hace usted feliz!

ETELVINA.—...Por el contrario, todo me aconseja a ser franca y leal con usted. Usted me comprenderá Marcó, y perdóneme si invoco una conveniencia para justificar mi resolución... Se hace necesario que un hombre como usted asuma la autoridad de esta casa, especialmente ahora... ahora

que veo amenazada la mía y en peligro mi tranquilidad por la intrusión de Eduardo...

MARCO.—Gracias, Etelvina... Pero no se aflija... Desde ya cuente usted con mi apoyo y si alguna autoridad tengo sobre ese joven la haré valer, conjuntamente con los derechos que ahora me acuerda su promesa...

ETELVINA.—Gracias, Marcó. (Le da las manos con ternura que él besa respetuosamente).

MARCO.—Ahora mismo, si usted me lo permite hablaré con él.... y estoy seguro de que le convenceré!...

ETELVINA.—Como usted quiera, Marcó, pero permítame que le pida que no le de beligerancia... Proceda y hable usted como si fuera ya mi esposo... Viene engreído y cualquier contemplación la considerará él como temor o debilidad.

MARCO.—Pierda usted cuidado, Etelvina... Nunca se me han impuesto los muchachos... (Entra la criada por foro).

CRIADA.—El padre Luis y el padre Panard...

ETELVINA.—Hágalos pasar... (La Criada hace mutis por foro. A Marcó) Les mandé llamar para desagraviarlos y a la vez para consultar con ellos mi actitud... Se complacerán en conocer la noticia de nuestro compromiso...

ESCENA V

Dichos, padre Panard, padre Luis

(Precedidos por la criada entran por foro el padre Panard y el padre Luis. El primero con aire severo y altivo. El segundo en la actitud resignada de siempre).

P. LUIS.—Buenos días, señora... Señor Marcó. ¿Cómo está usted? (Saluda a Marcó).

ETELVINA.—Buenos días, padres... Padre Panard...

P. PANARD.—Buenos días (saluda con un ligero movimiento de cabeza a Marcó, que este contesta de igual modo).

ETELVINA.—Es verdad que no se conocen ustedes. El padre Panard, nuestro gran orador católico, el doctor Marcó, diputado nacional...

MARCO.—Ya le conocía de nombre al padre... Por cierto que revela todo un carácter y una valentía en sus conferencias callejeras... (Le da la mano).

PANARD.—Gracias, doctor... Pero en ello no hago más que responder a mi temperamento... y a las necesidades de la Iglesia actual.

MARCO.—De lucha...

PANARD.—De lucha y de propaganda, en efecto... Soplan malos vientos para el sentimiento cristiano y se hace indispensable olvidar pasividades inútiles para incorporarse a las modernas transformaciones con un espíritu más de la época y de las costumbres...

ETELVINA.—Pero tomen asiento, padres... Siéntese, Marcó... Los padres conocen ya nuestro... secreto y, precisamente he querido que en esta entrevista participaran ellos en su calidad de consejeros espirituales míos... Además les debo un desagravio...

PANARD.—¿Por la actitud de ese joven?

ETELVINA.—Si, padre... usted comprenderá que soy en absoluto ajena a ella... Nunca lo pude sospechar...

P. LUIS.—No se hable más de ello, señora... Por mi parte ya lo he olvidado.

PANARD.—No, padre... Puede perdonarse pero no olvidar... No soy de su opinión. Yo había previsto eso, y creo que ayer mismo enuncié mis temores.

ETELVINA.—En efecto, lo recuerdo...

PANARD.—La actitud de ese joven debe verse como un peligro serio más que como una descortesía sin importancia. Es toda una revelación! Ese joven viene dispuesto a transtornar este hogar!

ETELVINA.—Así lo he creido yo también, padre y he tratado de adoptar mis medidas. Ese ha sido en primer lugar el motivo de mi llamado.

PANARD.—Me felicito de haber coincidido con usted, señora...

ETELVINA.—Acabo de dar a Marcó mi respuesta según los dictados de mi conciencia y los de sus santos consejos, padre... Seré su esposa... Y lo hago tanto más complacida cuanto mayor es la necesidad de que en mi casa se imponga una autoridad y una voluntad más fuerte que la mía...

PANARD.—Así es, señora y la felicito... Y permítame el doctor Marcó que le exprese mis congratulaciones... Desde la sincera confesión de la señora he manifestado mi aprobación a la del padre Luis, su confesor...

LUIS.—En efecto...

MARCO.—Gracias, padres...

PANARD.—Este hogar, rescatado, por la voluntad de Dios, al descreimiento debe defenderse de sus probables enemigos... La fe de la señora y la futura dicha de sus hijos exige una previsión extrema... Nadie mejor que usted doctor, puede asumir esa sagrada responsabilidad... Por otra parte, la Iglesia, nuestra Santa Madre, necesita de hogares como este, de hombres como usted, donde asentar sus bases de beneficio social... Nunca como hoy la Iglesia se ha visto más amenazada por el excepticismo y la disolución de la familia.

MARCO.—Francamente, yo, padre...

PANARD.—Sé lo que usted va a decirme doctor... que nunca ha manifestado usted una evidente religiosidad.

MARCO.—En efecto.

PANARD.—Pero que en el fondo de su conciencia es usted perfectamente creyente, a pesar de esa fama de liberalote que le dan... que en el fondo de su alma germina aún la santa semilla lanzada por sus padres; que, en una palabra, no puede usted renegar de la fe heredada de sus mayores y amamantada en su infancia...

MARCO.—Así es, padre... La política, les conveniencias, en fin, el torbellino de la vida le arrastran a uno a veces sin darse cuenta del camino que lleva... Y así llegan hasta darle orientaciones y famas, como usted ha dicho, que uno no ha deseado ni merece, sin duda...

P. LUIS.—Así lo hemos comprendido siempre...

PANARD.—Y tanto, que no pudimos menos que felicitar a la señora, cuando nos expresó su simpatía...

ETELVINA.—Gracias, padre. Ya le había hablado yo a Marcó de usted y de la admirable penetración de almas que le distingue...

PANARD.—Y bien... ¿Usted se hará cargo de ese... joven?

MARCO.—Si, padre. He resuelto hablar con él ahora mismo y sondear sus ideas y propósitos... Y luego determinar con la ayuda de Etelvina...

PANARD.—No se olvide usted de la nuestra...

ETELVINA.—Desde luego, padre. Su consejo será nuestra guía...

PANARD.—Ese, joven, dice usted, ¿viene a reclamar su hijuela?

ETELVINA.—Sí, padre...

PANARD.—¿Y está hecha ya la adjudicación de bienes?

ETELVINA.—Si, padre.

PANARD.—Si no es indiscreción. ¿qué es lo que le corresponde?

ETELVINA.—No estoy muy segura de ello, pero creo que de los bienes del padre y de su primera esposa, les corresponde a él y a su hermana Clarita, esta casa y otras propiedades, además de una parte en los bienes dejados por él al fallecer, en condominio con mis hijitos...

PANARD.—¿Y él ha manifestado alguna resolución respecto a esta casa?

ETELVINA.—No. Conmigo apenas si ha cambiado algunas palabras... Pero debe tener ya sus miras...

PANARD.—Bien. Si me permiten ustedes un consejo, creo que lo más prudente es ante todo averiguar cuales son sus propósitos para saber a que atenerse; y luego, y en caso de intemperancia por su parte, realizar lo más pronto posible esa partición... El tendrá derecho a los bienes de su padre pero no a la dirección de su hogar... Hay que alejar en él, ante todo, cualquier influencia o intervención moral que se abrogue.

P. LUIS.—Pero, ¿y la niña Clarita?

ETELVINA.—Yo soy su tutora, como también, y por derecho natural. de mis hijitos...

PANARD.—Bien; pues ahí no debe llegar ese joven... ¿Está usted de acuerdo en ello, doctor?

MARCO.—Completamente, padre.

P. LUIS.—Pero la niña es su hermana menor de sangre...

PANARD.—¡No importa! No tiene ningún derecho. La inocencia y la fe de esa niña es la que hay que salvar ante todo...

ETELVINA.—Ese es mi deseo...

PANARD.—Hable usted con el doctor... Su experiencia no necesita, por cierto, consejos...

MARCO.—Si, padre. Déjelo usted a mi cuidado.

ETELVINA.—¿Quieren ustedes pasar, padres a la sala? Entretanto Marcó puede hablar con Eduardo. Creo que está en la casa...

PANARD.—Con el mayor gusto, señora. Ganaremos tiempo... (Etelvina toca un timbre).

ETELVINA.—Bien. Voy a hacerle llamar a Eduardo, Marcó...

MARCO.—Como usted guste Etelvina. (Aparece la criada por foro).

ETELVINA.—(A la criada) Llame usted al señor Eduardo. Dígale que el doctor Marcó desea hablar con él. (Mutis la criada por izquierda). (A los curas) Vamos, padres.

PANAR.—(A Marcó) Con permiso... (Saludos) (al seeguir a Etelvina, Panard le dice al padre Luis en un aparte) ¡Este hombre es nuestro! (muttis por la escalera detrás de Etelvina).

ESCENA VI

Marcó, Eduardo, Federico

(Un instante de pausa. Sale la criada y vase por foro)

EDUARDO.—(Entrando seguido de Federico) Buen día, doctor...

FEDERICO.—¿Cómo está, doctor? (Saludos).

EDUARDO.—¿Deseaba usted hablarme?

MARCO.—Si, Eduardo. Te hice llamar a ruego de tu madre y porque deseo además cambiar algunas palabras contigo.

EDUARDO.—Usted dirá...

MARCO—. Bien, siéntate.

FEDERICO.—Si es algo reservado, puedo retirarme, o esperarte en tu pieza, Eduardo...

EDUARDO.—No... Cualquier cosa que sea, tú tienes derecho a oirlo. Yo te lo doy... Y el doctor disculpará...

MARCO.—No, por mi no hay inconveniente.

EDUARDO.—Bien. (A Federico) Siéntate.

MARCO.—Quería decirte que — no sé si lo sabrás ya — que he pedido a Etelvina en matrimonio... Después de la muerte de tu padre, mis frecuentes visitas a esta casa, la simpatía que tus hermanos me inspiraron siempre, mi propia soledad a una altura avanzada de la vida...

EDUARDO.—Me explico... despertaron sus dormidos sentimientos por mi madrastra y ha creido bien hacer a los cuarenta y cinco años lo que no hizo a los veinte. Constituir un hogar? ¿No es eso? Pues lo considero muy bien.

MARCO.—En efecto. ¿No te sorprende?

EDUARDO.—Absolutamente... Más aún: lo esperaba... Por otra parte, mi madrastra es joven aún... y bella todavía... La vida le acuerda derechos y necesita por lo demás el amparo y la autoridad de un hombre serio que la haga feliz y que, especialmente, traiga a esta casa el carácter y la dirección que, sino le faltan está por cierto en vías de perder... ¿Y qué mejor hombre para ello que usted? Maduro, grave, espectable, rico, honesto...

MARCO.—Gracias, Eduardo... Pero veo que te anticipas a todo lo que yo hubiera querido decirte.

EDUARDO.—Es lo mismo. El caso es que yo me lo sepa. Y ya lo ve usted, me lo sé de memoria...

MARCO.—Parece que te disgustara la noticia?

EDUARDO.—No, absolutamente... Si hubiera sido con mi madre, tal vez, pero con mi madrastra, de ninguna manera. Por el contrario, me felicito y le felicito a usted. Aquí hace falta un hombre de sus condiciones, aparte de los derechos que mi madrastra tiene para elegirlo. Y ahora, permítame usted que también me anticipe a lo que usted pensaba decirme, después de darme la noticia de su compromiso.

MARCO.—Poca cosa.. Era respecto a tí...

EDUARDO.—Lo sospechaba. Una vez asumida la responsabilidad y la dirección de este hogar, yo estoy demás aquí, ¿verdad?

MARCO.—No tanto, no tanto...

EDUARDO.—Usted será el hombre, el único hombre que le imprima la corriente de sus ideas y el sello de su moral... Perfectamente! Estoy de acuerdo, pero solo en lo que se refiere a la casa, demoslo por sobreentendido. Es decir: al futuro hogar de la familia Marcó, no al del fallecido Muñiz.

MARCO.—No te entiendo...

EDUARDO.—Me explicaré mejor... Este es una especie de negocio—y perdóneme la comparación — en el que, el fundador y antiguo dueño, — mi padre, — le imprimió al darle su nombre, un sistema especial y personal: sus ideales políticos y sus convicciones filosóficas... Yo, mi hermana Clara y mis hermanitos, — los hijos de la que va a ser su esposa, — llevan con su apellido, ese sello, ese sistema... Con el cambio de firma, su sucesor no podría alterar la corriente que hizo el prestigio de la casa, sin exponerse a una

quiebra inminente. La marca de fábrica debe conservarse aún a través de los sucesivos cambios de firma, y mientras no se acredite dignamente la nueva producción...

MARCO.—Pero...

EDUARDO.—Permítame... Si esto ocurre con el comercio y si eso se respeta en la industria ¿cómo no ha de ocurrir y respetarse en el hogar, en la familia, donde descansa el verdadero progreso de los ideales sociales y en donde finca el principio de la cultura y de la moral humanas?

MARCO.—Yo no te he hablado de transtornar principios...

EDUARDO.—Pero usted, al asumir la dirección de este hogar, empieza por aceptar las influencias ajenas, introducidas en él después de la muerte de mi padre, y como es lógico, intentará defenderlas e imponerlas en lo sucesivo sobre los mismos seres que llevan ahora el nombre de mi padre y la corriente de sus ideas. Y es a eso, únicamente a lo que yo me opondré.

MARCO.—Estás equivocado, Eduardo... tus hermanos son los hijos de tu madre y a ella únicamente toca imprimir esa corriente de que tu hablas...

EDUARDO.—No, señor. Eso me toca a mí y por eso, especialmente he venido. No me interesa mayormente la herencía material de mi padre sino la moral. Y su herencia moral son mis principios y los de mis hermanos.

MARCO.—La ley no te acuerda derechos de tutelaje sobre ellos...

EDUARDO.—Pero me los acuerda la razón y me basta. Usted será el esposo de mi madrastra, y en tal carácter, usted entregará sus bienes y su conciencia al manejo del clero, pero no los de mis hermanos.

MARCO.—Me estás ofendiendo, Eduardo. A mí no me maneja el clero...

EDUARDO.—Pero empieza por manejarlo en materia de ideas, una mujer que es instrumento servil e inconsciente del clero. Empieza por renunciar a sus convicciones — o por lo menos a la fama de sus convicciones — en una débil tolerancia en homenaje a una mujer, y eso es lo que le pone a su servicio... Como usted son muchos los liberales que hay en el gobierno y en la sociedad de quienes se vale el clero, la iglesia política, que no es precisamente la Religión, para sus conquistas materiales...

MARCO.—Tú eres un obsecado.

EDUARDO.—Y usted un descolorido, y perdóneme Marcó. En materia de ideas y en estos momentos especiales del mundo, la situación de anfibio, de híbrido, no es la mejor. Por el contrario es la más perjudicial.

MARCO.—Con ese lenguaje y esa intolerancia no podremos continuar, Eduardo...

EDUARDO.—Como usted guste, Marcó, pero usted me ha llevado a ello. Además debemos hablar claro y no veo porque ha de ser intolerante y grosera la franqueza, cuando se la ha de usar en una discusión de ideas. Cuando las ideas no son claras, dejan de ser ideas.

MARCO.—Bien; creo que hemos hablado demás. He cumplido con un deber de cortesía en darte la noticia.

EDUARDO.—Y yo con un deber de lealtad en manifestarle mis puntos de vista... Mis hermanitos quedarán a mi cuidado.

MARCO.—Eso lo resolverá la madre.

EDUARDO.—Eso lo resolveré yo! (Aparecen en lo alto de la escalera los padres Panard y Luis, que se disponen a salir).

ESCENA VII

Dichos, P. Panard, P. Luis

EDUARDO.—Y en ningún caso lo resolverán esos señores... (los curas bajan la escalera).

MARCO.—¿Se van ustedes ya, padres?

PANARD.—Si, ya nos retiramos. La señora le espera a usted.

MARCO.—Gracias. Y hasta la vista, padres. (Les da la mano y sube luego la escalera).

ESCENA VIII

Eduardo, Federico, P. Panard, P. Luis

PANARD.—(Altivo, enfrentándose con Eduardo) Parece que el señor aludía a nosotros...

EDUARDO.—(Idem) Si, señor... Decía al doctor Marcó que, a pesar de su compromiso de matrimonio con mi madrastra, en lo sucesivo sería yo quien resolviera en todo lo que lleva el nombre de mi padre...!

PANARD.—Su padre no existe ya...

EDUARDO.—Pero queda su obra que es este hogar, que es esta familia, que debe ser su ejemplo...

PANARD.—El hogar, señor mío, no es una herencia, y el ejemplo no se

impone por la fuerza. ¿Está usted acaso seguro de que el ejemplo de su padre sea el mejor para obligarlo como dogma?

EDUARDO.—¿Y usted cree que el dogma sea lo mejor para imponerlo como ley?

PANARD.—No hagamos juegos de palabras, señor...

EDUARDO.—Nada más que juegos de palabras son los que hacen ustedes cuando rehuyen toda explicación razonada de sus dogmas...

PANARD.—Su padre fué un descreido; llenó su vida con la duda y con la negación de todos los ideales superiores, a la mezquina razón humana... Si la que fué su esposa reacciona contra esa conducta que le fué impuesta por él en su calidad de marido, ¿quién es usted para impedírselo? Si es usted tan librepensador como se manifiesta, deje usted a los demás su misma libertad de pensar...

EDUARDO.—No, no soy yo quien les niega la libertad de pensar: son ustedes que se la limitan a las estrecheces misteriosas del dogma... Yo no le discuto a mi madrastra sus creencias; le niego el derecho que se abroga de imponérselas a mis hermanos y de sustentarlas a costa de lo que no es suyo...

PANARD.—Pero quiere usted imponer a sus hermanos las suyas...

EDUARDO.—Yo no tengo creencias: tengo razones...

PANARD.—¡Qué poco valen!...

EDUARDO.—Para ustedes, embotados en artículos de fe incomprensibles, sí... No para los que han de ver las cosas a través de algo más claro que las invenciones de un concilio...

PANARD.—Llama usted invenciones a la instintiva creencia humana en un Dios, al principio inmutable de la vida sobre un ser supremo, sobre una moral superior, sobre una vida más perfecta?

EDUARDO.—No, señor... No hagamos confusiones maliciosas. No quiera usted repetir conmigo su sistema! No niego a Dios. Es decir, no niego el instiuto de la perfección que es ley en la naturaleza humana, que es base de la razón del hombre! Niego el dogma; niego las limitaciones y las interpretaciones convencionales de eso mismo que no reconoce límites; niego la política en la religión, el interés en las creencias, el comercio de la fe! Y la iglesia que encierra sus principios en fábulas terroríficas, que impone sus pragmáticas en dogmas inaveriguables, que se oculta a la razón y a la ciencia; que quiere gobiernos y que busca dominios y propiedades, no hace religión sino que hace comercio!

PANARD.—Esta usted ofuscado, joven! Y nos llaman fanáticos! La iglesia es la disciplina de la religión, señor mío... Es su organización material, su institución, diría para usar sus términos legistas. No busca propiedades ni dominios, como usted dice, por mera ambición de tener, sino por fines más trascendentales de difusión y perpetuación. Entienda usted bien! Como control de las costumbres, como norma de moral humana, vive de lo humano y para lo humano y necesita entonces de medios humanos para subsistir... tiene también el derecho de subsistir, ya que como principio se considera el mejor...

FEDERICO.—Pero subsiste mintiendo...

PANARD.—¿Cómo dice usted?

FEDERICO.—Que la iglesia en su aspecto material y como disciplina, según usted, subsiste mintiendo; y no puede ser, en consecuencia, reguladora de moral ni de costumbre, ni puede ser norma de perfección y de progreso, cuando es monárquica en Italia, republicana en Francia, demócrata en Estados Unidos, y ayer autócrata y hoy maximalista en Rusia!

P. LUIS.— La iglesia no entiende de política... Su reino no es de este mundo!...

FEDERICO.—Pero hace política y apoya los gobiernos y se mete en ellos.

EDUARDO.—Y busca el dominio, no ya espiritual, sino material de sus órganos, aún a trueque de beneficiar los más bárbaros y anticuados sistemas. Ayer imperialista con Alemania... hoy democrática con los aliados por su triunfo!...

PANARD.—¡No es verdad! La iglesia busca y ha buscado siempre la paz...

FEDERICO.—La paz del más fuerte... porque según ella, Dios está con los malos cuando son más que los buenos.

P. LUIS. — La iglesia ha sido siempre defensora de la libertad...

EDUARDO.—Cuando la libertad era inevitable.

PANARD.—Lo prueba la historia de América que se la debe a esclarecidos sacerdotes.

FEDERICO.—Pero América le debe sus días más luctuosos también. Y se los debe el mundo. Y América, sino se apresta a rechazar su influencia le deberá muy en breve, la peor de sus épocas... He ahí el secreto de sus prédicas, padre Panard y de la extraña reacción que vemos en sus colegas...

PANARD.—¿Qué quiere usted decir?

EDUARDO.—Lo diré yo. Que América, Sud América, es el único reducto que queda en el mundo convulsionado por las nuevas corrientes, para la iglesia política. Desaparecido el predominio papal en Francia, en Inglaterra y en Italia por la democracia; en Alemania, Rusia y Austria por la revolución, en Norte América por la libertad de creencias, solo resta a la iglesia esta parte del Continente, tan rica como ingenua, donde ha puesto sus miras la ambición vaticana, y donde, hoy por hoy, tiene sus mayores capitales y sus mejores baluartes. Lo prueban el Ecuador, Chile y Bolivia administrados por el clero. Lo prueban el Brasil y la Argentina donde la iglesia redobla sus actividades y se apresta al gobierno.

P. LUIS.—¡Qué herejía!

FEDERICO.—No, señor. Diga usted ¡qué verdad! (Aparece vestida de calle Clarita).

ESCENA IX

Dichos. Clarita

CLARITA.—Ya estoy lista!... ¡Ah!... Buenos días, padres...

PANARD.—Buenos días, señorita...

CLARITA.—¿Discutían?

EDUARDO.—No. Conversábamos.

PANARD.—(Con sorna) Ya conversaremos otro día, señor mío...

EDUARDO.—Cuando usted guste, señor... Y especialmente cuando se organice ese partido que acaba de decretar la reunión de obispos argentinos...

PANARD.—Buenos días... (Saluda con la cabeza).

P. LUIS.—Buenos días... (Idem) (vanse por foro).

ESCENA X

Federico, Eduardo, Clarita

CLARITA.—¿Y cómo han podido estar hablando contigo sin que te los devoraras, comefrailes?...

EDUARDO.—Ya lo ves... No soy tan feroz como parezco... Y bien: ¿estás dispuesta a ir en busca de los nenes?

CLARITA.—Cuando gustes...

EDUARDO.—Bien. Acompáñala, tú, Federico. Yo entretanto, los esperaré y trataré de hablar con... con mamá...!

CLARITA.—No vás a disgustarla... Sé tolerante...

EDUAR.—Seré franco... Vaya... Andando...

FEDERICO.—Hasta luego.

CLARITA.—Estaremos de regreso en diez minutos...

(Entra la criada por foro)

CRIADA.—Está ese padre limosnero que viene siempre...

EDUARDO.—¿Quién?

CLARITA.—Es un fraile mendicante de Tierra Santa que viene de cuando en cuando a pedir limosna.

EDUARDO.—Desde luego...Supongo que no vendrá a dar nada. ¿Y que quiere ahora? ¿Limosna?

LA CRIADA.—La señora le hace servir de comer siempre.

EDUARDO.—¡Ah! ¿También de comer?

CLARITA.—Si, pobre! No seas malo... Deja que le den...

EDUARDO.—Bien; que pase ese fraile mendicante y con apetito... De comer aquí no se niega a nadie! (Mutis criada, Federico y Clarita).

CLARITA.—(Antes de salir) No lo trates mal. Es un pobre hombre!

EDUARDO.—¡Pierde cuidado! (mutis Clarita).

ESCENA XI

Eduardo, El mendicante, la Criada

EL MEND.—(Es un fraile enorme, gordo y robusto, viste hábito franciscano de la 3.a orden; calza sandalias). Buen día, signore... La benedicione de Dio sia con lei...

EDUARDO.—¿Qué desea?

EL MEND.—¡¡Eh! Sono un antico amico, signore... Sono limosnero de la Ordine Mendicante de Palestina...

EDUARDO.—¿Y de Palestina viene usted a pedir limosnas aquí?

EL MEND.—Non, signore... La Ordine si chiama così, ma io non conozco la Palestina.

EDUARDO.—¡Ah!... De manera qué piden para la Palestina por despistar no más?

EL MEND.—¿Per despistare? Non capizco...

EDUARDO.—¿Y para que quieren dinero en la Palestina?

EL MEND.—Para la conservazione del Santo Sepulcro, signore e del quelli monomenti sacri...

EDUARDO.—Comprendo... ¿Allá se conservan los sitios sagrados.... pero el dinero se queda aquí y aquí se conservan los limosneros?

EL MEND.—¡Ecco! Noialtri pedimos la limosna...

EDUARDO.—¡Bien! Yo no doy limosna para la Palestina. Me interesan más los pobres de mi país y los sitios sagrados de mi tierra... Pero si en la casa tienen costumbre de darle algo, yo no me opondré. (A la criada) Avísale a la señora...

EL MEND.—Noialtri siame poberí, signore. Debiamo mangiare de la limosna.

EDUARDO.—¡Ah! ¿Quiere comer? ¿Tiene hambre?

EL MEND.—Si signore...

EDUARDO.—Pues, por su robustez no lo parece... (A la criada). Bien... que le den de comer... No vaya a caerse de debilidad...

EL MEND.—Tante grazie, signore... Dio ve lo premiará... (Vase siguiendo a la criada por la puerta del comedor). (A poco sale la criada y sube la escalera. Entretanto, Eduardo encenderá un cigarrillo).

EDUARDO.—(A la criada) Dígale a la señora que yo deseo hablar con ella. (Un momento de pausa. Baja a poco Etelvina seguida de la criada. La criada entra en el comedor).

ESCENA XII

Eduardo, Etelvina

ETELVINA.—Buen día... ¿Querías hablarme? Yo también deseaba conversar contigo...

EDUARDO.—Pues, me alegro... Así nos evitaremos inútiles circunloquios. He comprendido, señora, todo el disgusto que le he ocasionado con mi llegada...

ETELVINA.—No; no ha sido tu llegada sino el modo de llegar...

EDUARDO.—No he podido evitarlo... No venía predispuesto a nada parecido, pero no pudo menos que contrariarme profundamente el encontrarme, al entrar en mi casa, en la que fué de mi padre y de mi madre, con dos curas que salían como de la suya... Esa triste impresión fué aumentada al ver ese retrato como un símbolo que contradecía todos mis recuerdos y todas mis ilusiones...

ETELVINA.—Es que en tu obsecación te has olvidado de que al morir tu padre, era yo la dueña, por lo menos moralmente de esta casa.

EDUARDO.—En efecto. No lo niego. Me olvidé de que era usted la dueña ahora y que, como tal, habían de primar en ella sus viejos prejuicios religiosos y sus antiguas inclinaciones monásticas sobre la sombra y la memoria del que fundó esta casa y esta familia...

ETELVINA.—¿Qué me quieres decir con esto?

EDUARDO.—Lo que usted misma ha querido insinuarme, señora... Yo no le niego ni discuto sus derechos. No he venido tampoco a despojarla de ellos ni de nada... Es usted libre de tener sus creencias. Mi padre las respetó y yo hago lo que mi padre. Pero una cosa es tener creencias y otra entregar los bienes y los ideales de toda una familia a la conveniencia de los que explotan esas creencias...

ETELVINA.—Yo no he tocado tus bienes...

EDUARDO.—Pero ha tocado los de mis hermanos.

ETELVINA.—Tus hermanos son mis hijos...

EDUARDO.—Pero también son los hijos de mi padre! Y sus bienes no son simplemente los materiales de la herencia, tan transitorios como deleznables, sino los de su moral, de su conciencia, de sus ideales de vida...

ETELVINA.—Mis hijos son unas criaturas aún inconscientes...

Nadie puede adivinar sus futuras convicciones. Y yo como madre tengo el derecho de educarlos, de orientar sus conciencias según mis propios dictados...

EDUARDO.—Cuando esos dictados son propios, no cuando son el producto de influencias ajenas. Por lo mismo que son inconscientes usted no debe entregarlos a las direcciones extrañas, que amoldarán sus almitas desde ya, cerrándolas a todo raciocinio y a toda libertad.

ETELVINA.—En último caso, nadie te ha acordado atribuciones directrices aquí...

EDUARDO.—Si, señora. Me las acuerdo yo mismo. Yo soy el hermano mayor. Soy el representante moral de mi padre, soy su verdadera sombra y como tal la prolongo sobre su obra. Ese es mi derecho...Y por lo pronto voy a pedir el desalojo de las casas ocupadás por curas y conventos que pertenecen a la testamentaría, y como medida previa he retirado a los nenes de ese colegio.

ETELVINA.—Tú no harás eso. No te lo consiento! Te abusas de mí.

EDUARDO.—No señora. No se sulfure usted. Y serenémosnos, se lo ruego...

ETELVINA.—(Llorando) No respetas el recuerdo de tu padre...

EDUARDO.—No se aflija usted, mamá.

ETELVINA.—¿Y me llamas mamá?

EDUARDO.—¿Lo ve usted? ¿Qué cosa podría ser más grata para **mí que llamarle** madre, yo que apenas la conocí? ¿No fué acaso la voluntad de mi padre al unirse a usted darnos una madre? ¿Por qué no lo fué usted mía?

ETELVINA.—¡Porque tú siempre me odiaste!

EDUARDO.—No, señora... Una madre es algo más que esa afinidad de sangre que le da el origen. Es la ternura, el afecto, la enseñanza, que de ella se recibe y que a ella nos une por la ley infinita de la gratitud y del recuerdo. Usted nunca lo fué para mí en eso. Yo estaba en mis quince años lleno de la memoria de mi madre muerta y lleno del orgullo de la enseñanza de mi padre vivo... Fué usted una extraña que venía a borrar el uno y a amenguar el otro. Y usted no trató de desvirtuar esa impresión juvenil... ¿Por qué? Porque sobre su misión de esposa estaban sus creencias religiosas... El tiempo y la distancia nos separaron y cuando yo vuelvo, lleno aún del recuerdo de mi padre y del orgullo de ser su hijo, su obra, su olvido de madre, me da el más rudo golpe que pudo sufrir mi ilusión. Esta no era su casa. Esta era una sacristía, donde la sombra austera de aquel hombre libre, íntegro, bueno, se veía eclipsada por el retrato de un fraile y por las manchas negras de dos sotanas...

ETELVINA.—Eres además de cruel, injusto conmigo...

ESCENA XIII

Dichos, Federico, Clarita, Los dos niños

LOS NIÑOS.—(Corriendo a ella) Mamá!... Mamita!...

ETELVINA.—(Sorprendida. Corre a ellos y los ampara en sus brazos). Hijos míos!... (Se da vuelta hacia Eduardo y fieramente, mientras retiene a sus niños junto a sí, le grita) ¿Qué quieres hacer de ellos? ¿Para que los has hecho traer?

EDUARDO.—¿Ve, mamá? Así, así quiero verla!... Así debe usted ser: madre ante todo!... Y así debe aprestarse a defenderlos, no de mí, sino del enemigo mayor...

ETELVINA.—¿Qué pretendes hacer con ellos?

EDUARDO.—Nada... Verlos... Entregarlos a su cuidado de madre y alejarlos de la sombra del fanatismo... Hacerlos libres!...

ETELVINA.—¿Qué quieres decir? ¡Habla claro!

EDUARDO.—Que desde hoy no volverán a ese convento; que se educarán aquí, a su amparo materno, al calor de su ternura y al ejemplo de la sinceridad y liberalidad de su padre...

ETELVINA.—No, no me los quitarás! Son mis hijos!...

EDUARDO.—No se alarme usted, mamá! Ya lo comprenderá mejor... (Se acerca al grupo de Etelvina y los niños, toma a estos cariñosamente y les dice). Vengan aquí, hermanitos. Yo soy Eduardo, su hermano mayor... Escúchenme... En su inocente incomprensión acaso no alcancen el sentido de mis palabras, pero la inocencia suele

también decir grandes verdades... Díganme: ¿verdad que les gustaría a ustedes ser como su papá, buenos, leales, sinceros, libres? Díganme, ¿verdad? Díganme: ¿le gustaría?

UNO de los niños.—Sí... Como papá, sí!...

EL OTRO.—Yo también... Como mi papá!...

EDUARDO.—¿Ve usted, mamá, con que orgullo dicen su papá? Dime tú, Clarita y tú, Federico, que eres también un hijo espiritual porque fuiste su discípulo... ¿No tengo razón y derechos yo para defender la herencia espiritual de mi padre, de todas las acechanzas? ¿No es acaso este su mejor patrimonio?

FEDERICO.—(Conmovido) Si; tienes razón!

EDUARDO.—(A los chicos) Acaso ustedes todavía le recuerdan; acaso ustedes han visto como yo, todos los días, esa figura serena de hombre libre, que surgía por aquella puerta todas las mañanas a esta misma hora después del desayuno, a darnos su lección diaria en una charla amena e instructiva... Usted también le recordará, señora... Le esperábamos todos en este mismo sitio y le veíamos aparecer, como una visión de dignidad y de orgullo... Nos parecía un gigante y nos llenaba con su sola presencia de alegría y de satisfacción.. Era nuestro padre, era nuestro maestro... (Mientras habla y como si evocara la figura del padre tiende la diestra hacia la puerta del comedor. Hay un instante de silencio. Todos miran hacia el mismo sitio, conmovidos como si esperaran ver resurgir la figura del muerto. En este momento sale de esa puerta el fraile mendicante limpiándose la boca con la manga del hábito).

EL MEND.— Tante grazie, signore.. Souno sodisfato! (Un rayo de indignación y de sorpresa hiere a Eduardo, que fuera de si, separándose de los niños, grita).

EDUARDO.—(A Etelvina). Lo ve usted ahora, mamá! Lo ves tú Federico? Si parece un sarcasmo! Si parece una burla!...

TELON

ACTO TERCERO

(La misma decoración de los actos anteriores)

ESCENA I

(Al levantarse el telón, la escena aparece un momento sola. Luego entran por foro, como si vinieran de la calle, Eduardo y Federico, precedidos de Nicasio).

Eduardo, Federico, Nicasio; luego Clarita

EDUARDO.—(A Nicasio) Bueno, viejo. Consumatum est! Desde hoy yo dejo de pertenecer a esta casa, pero tú te quedarás en ella como siempre y como un eslabón de unión entre el pasado y el futuro...

NICASIO.—Cómo! ¿Se vá, niño?...

EDUARDO.—Sí... Esta casa queda para mis hermanitos. Así lo han dispuesto los jueces...

NICASIO.—No comprendo, niño...

EDUARDO.—Ni hace falta... Vete a llamar a Clarita. Dile que la esperamos. (Mutis de Nicasio por derecha).

FEDERICO.—¿Qué piensas hacer?

EDUARDO.—Por lo pronto arreglar tu asunto con Clara. Luego hablaremos a Marcó y le obligaremos a definirse de una vez; y finalmente convenceré a mi madrastra de que mis sentimientos no son de odio ni de maldad... Después, cada cual a seguir su propio destino!... (Entra Clarita seguida de Nicasio, que desaparece por foro).

CLARITA.—Federico!... Tanto tiempo... Creía que ya no vendrías más... Desde tu debut en el Congreso no se te ven las narices...

FERERICO.—(Dándole las manos cariñosamente) No hace tanto, Clarita. Apenas quince días. Estuve muy preocupado y por otra parte, dejé de venir por consejo de Eduardo...

CLARITA.—Ah!... ¿Conque tú fuiste el culpable?

EDUARDO.—Sí, porque quería que viniera a arreglarlo todo de una vez. Y aquí le tienes. Ya es un hombre. Abogado, diputado de la nación, con un brillante debut y un mejor porvenir. ¿Qué más quie-

res? Viene a pedir tu mano... Veamos... Declárate!... (Rubor de Clarita).

FEDERICO.—Francamente...

EDUARDO.—Estás más abatatado que en tu debut en el Congreso... Vamos, hombre... Dile cualquier cosa!... (Clarita, emocionada se acerca a Federico. Este le toma las manos silenciosamente).

FEDERICO.—(Después de una pausa) ¿Qué puedo decirte, Clarita...?

CLARITA.—Sí ya nos lo hemos dicho todo...

EDUARDO.—(Colocándose en el centro) Y bien; lo diré yo por ustedes... Que el amor que unió sus almas desde niños vá a unirlos definitivamente en un mismo destino y en una misma esperanza... Que los dos se quieren y se respetan... Que, libres de toda divergencía de opiniones, van a constituir bajo la ley del amor un nuevo hogar y una nueva familia, donde primará la razón del que mejor la tenga... Con iguales derechos, con idénticos deberes... ¿No es eso?... Pues ya está... Ahora no hay más que legalizar este contrato ante un escribano de Registro Civil... ¡y listo el pollo!...

CLARITA.—¿De registro civil?...

EDUARDO.—Sí, Clarita. De Registro Civil. Es decir: ante la ley. La Iglesia no puede intervenir aquí...

CLARITA.—¿Por qué?

FEDERICO.—Porque no puedo ir contra mis propias opiniones, Clarita... Mi liberalismo, gritado en todos los tonos, desconoce el sacramento religioso... ¿Cómo podría contrariar así mis doctrinas por satisfacer una fórmula en la que acaso tu tampoco crees muy seriamente?... Por lo demás, el sacramento no hace falta teniendo el amor...

EDUARDO.—Que es la verdadera base del matrimonio y de la dicha!...

CLARITA.—Sí, por mí como ustedes quieran... pero mamá ¿qué dirá?... ¿Y Marcó?...

EDUARDO.—Marcó no tiene nada que ver en este asunto... Y en cuanto a "mamá" ya la convenceremos...

CLARITA.—(Afligida) Dios mío... Va a sufrir...

EDUARDO.—Se consolará...

CLARITA.—¿Y qué dirán mis amigas... los conocidos?...

EDUARDO.—(A Federico) Ves?... Esa es la causa del verdadero prestigio del matrimonio religioso... Se ha hecho una cuestión social... Una cuestión de "qué dirán"!... No te importe del "qué dirán" Clarita... Con lo que digan los demás no se vá a salvar el mundo, sino con lo que cada cual haga!...

FEDERICO.—No te aflijas!... Todo se obtendrá a medida de tu mejor dicha...

CLARITA.—Ahí viene mamá!... Yo me voy!...

EDUARDO.—Nó, quédate!...

CLARITA.—No... Tengo miedo... Háblenla ustedes... (Vase corriendo por derecha).

FEDERICO.—Viene con Marcó!...

EDUARDO.—Bien; vamos a mi pieza. Hablaremos antes con él para no echarlo todo a perder! (Mutis por izquierda).

ESCENA II

Marcó. Etelvina

(Entran ambos de la calle)

ETELVINA.—(Quitándose el sombrero) ¿Tú crees que está bien hecha esa adjudicación? ¿Que no se puede corregir?

MARCO.—No, porque ya es cosa juzgada. Por lo demás no me gustaría remover el asunto... Se creería que me he casado contigo para originar pleitos...

ETELVINA.—Se creería una infamia!...

MARCO.—Por lo mismo! Además, tu casa tan querida queda para tus niños. Ellos te han sido adjudicados. Al asumir yo la autoridad de la casa, debo obrar con calma para obtener con la armonía de los intereses, la armonía de las almas. Eduardo y Clarita ya verán en mi tolerancia a un verdadero padre.

ETELVINA.—Quiera Dios que no se te suban a las barbas!...

MARCO.—La tolerancia no está reñida con la energía, Etelvina. Y en llegando el caso improbable sabré proceder con energía.

ETELVINA.—(Consultando su reloj) Ahora voy a cambiarme.
MARCO.—¿Vas a salir?...
ETELVINA.—Sí. Hoy comienzan las Cuarenta Horas. ¿No me acompañarías?...
MARCO.—Lo haría de buena gana; pero he dado aviso de enfermo a la Cámara. Si algún colega del bando adverso me viera, en la Iglesia, sobre todo, — ya sabes cuánto puede el fanatismo — encontraría un excelente pretexto para molestarme en cualquier momento. La política no tiene entrañas y se vale de todos los medios para argumentar. (Suena el timbre).
ETELVINA.—Tienes razón. Voy a arreglarme. (Aparece Nicasio por derecha y desaparece por izquierda. Etelvina se va por escalera. A poco reaparece Nicasio por izquierda).

ESCENA III

Nicasio, Marcó

NICASIO.—Está esa señora que ha venido otras veces a buscarlo.
MARCO.—¿Señora?...
NICASIO.—Sí. Ayer vino dos veces y anteayer una.
MARCO.—¿Quién puede ser? ¿Cómo es?...
NICASIO.—Parece una señora muy bien. Me dijo ayer que lo buscaba por un asunto del estudio.
MARCO.—¿Por un asunto del estudio? Hazla pasar, entonces. (Desaparece Nicasio y vuelve de inmediato con Lea, que lleva bien sus treinta y dos abriles sin necesidad de pedir al afeite su disimulo. Viste elegantemente. Nicasio se va por derecha).

ESCENA IV

Marcó, Lea; después Etelvina

MARCO.—Tome usted asiento, señora. (Lea se sienta. Marcó comprueba que nadie lo ve) ¿Cómo te has atrevido a venir aquí?... ¿Sabes que tienes coraje?...
LEA.—¿Y qué?... ¡Vaya un modo de recibirla a una!... ¡Caramba!... ¿No somos amigos? ¿Está mal acaso que los amigos se visiten?...
MARCO.—(Impaciente) Bueno. ¿Qué quieres?... ¿Qué motivo te induce a esta visita?...
LEA.—¡Hombre! ¡Esto sí que está bueno! ¡Qué motivo! ¿Y no lo sabes, acaso?...
MARCO.—Nó. No lo sé. No me lo imagino tampoco. ¿Qué te ocurre?...
LEA.—¿No tienes un cigarrillo?...
MARCO.—Dejate de bromas. ¿Qué te ocurre?... Pronto. ¿No ves que puede venir mi esposa?... Habla de una vez o vete, por favor.
LEA.—No te impacientes. No ha de ser por las preciosas canas de tu esposa, que vengo. Se que es una viuda millonaria. Sabes elegir bien, tesoro...!
MARCO.—¿Hablarás de una vez?...
LEA.—Necesito dinero.
MARCO.—¿Dinero?...
LEA.—Dinero, sí. ¿Por qué pones esa cara? Ni que fuera la primera vez que te lo pido. ¡Caramba! Por el hecho de que te hayas casado no creo que hayas perdido la obligación de ayudarme.
MARCO.—¿Y no te dejé cinco mil pesos hace un mes?
LEA.—Sí. ¿Y que son cinco mil pesos?
MARCO.—Pues nada, si te parece.
LEA.—Naturalmente.
MARCO.—Además, entre nosotros no debe existir ninguna clase de relaciones. El pasado ha muerto y no deseo, no quiero mejor dicho, mantener vínculos que comprometan mi nuevo estado. Podías saberlo definitivamente y ahorrarme este mal momento.
LEA.—Si tú me hubieras dicho que te casabas, que lo hacías por arreglar tu vida de chico revoltoso, yo me hubiese conducido con prudencia. Pero... nada me dijiste y me los he gastado con toda tranquilidad. El alquiler, la modista y un par de aros se lo llevaron todo. Y como tu puedes suponer, antes de ir a mendigar por ahí, como cualquier señora lo haría en mis circunstancias y de entregar

mis confidencias al primer calvo que encuentre en el camino, he preferido averiguar tu nuevo domicilio y pedirte dinero con toda sinceridad. ¡Para eso hemos sido amigos al menos, ya que no quieres serlo más! Creo que el procedimiento no puede ser más correcto.

MARCO.—(Abriendo su cartera) ¿Cuánto necesitas?...

LEA.—Hombre, tú dirás. Como necesitar necesito mucho; pero no soy tan onerosa como algunos matrimonios. Puedo conformarme, también. Lo dejo librado a tu generosidad.

MARCO.—(Cuenta cinco billetes de cien y se los entrega) Toma y vete inmediatamente.

LEA.—¡Vamos hombre! ¡Pues está bonito!... ¿Qué hago yo con quinientos pesos. ¡Valiente avaricia, señor!...

MARCO.—(Le da dos más) Toma y vete...

LEA.—Un poco más, hombre.

MARCO.—(Le da uno más) ¿Te parece poco aún?...

LEA.—(Arrebatándole la cartera) ¡Pero, hombre de Dios! (Observa la cartera) Tienes dinero como para fundar un Banco y me ofendes con una limosna. (Vacía la cartera que deja encima de la mesa mientras conserva los billetes en la mano. Le da tres billetes a Marcó y guarda el resto).

MARCO.—¡Qué barbaridad, señor!... Ahí viene mi señora!

LEA.—No te asustes. (Aparece Etelvina, preparada para salir, con un tocado de Iglesia).

ESCENA V

Dichos y Etelvina

LEA.—(Adoptando un gran aire señorial) La señora debe ser su esposa.

MARCO.—Efectivamente.

LEA.—Nada señora. He sabido que es usted la presidenta del team de la Gran Colecta en esta parroquia y como quiero contribuir con mi modesto óbolo al éxito de una obra tan piadosa, me permití la libertad de ofrecerle a su esposo estos trescientos pesos para que se los entregara a usted. El no los quería aceptar.

MARCO.—(Con los billetes en la mano) Pero... la señora me obligaba. Es una especie de caridad despótica la de la señora. (Dando a Etelvina los billetes) Tómalos, Etelvina.

ETELVINA.—(Tomando los billetes) ¡Mil gracias, señora, en nombre de todas mis compañeras de team! ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

LEA.—Con la señora de Nevares.

ETELVINA.—Voy a hacerle extender el recibo, señora...

LEA.—No faltaba más, señora. Que tu izquierda ignore lo que dá tu derecha... (Mirando a Marcó y con pronunciada ironía) Y hay que dar hasta que duela!

MARCO.—De cualquier manera es necesario dejar una constancia...

ETELVINA.—¡Naturalmente!...

LEA.—En todo caso, señora, me lo dará usted otra vez, por que pienso volver... (Mira a Marcó) Para servir a ustedes. (Hace una gran inclinación y se va).

ETELVINA.—Igualmente, señora...

ESCENA VI

Marcó, Etelvina, luego Eduardo y Federico

ETELVINA.—(A Marcó) Que amable señora... ¿La conocías?

MARCO.—No... Jamás la he visto!...

ETELVINA.—Sin embargo... tiene un aspecto extraño, ¿verdad?

MARCO.—Tal vez... Pero la caridad sabe hacer grandes milagros!.... (Aparecen en la puerta izquierda Eduardo y Federico).

EDUARDO.—Buenas tardes...

MARCO.—Buenas...

ETELVINA.—Buenas tardes... Bien. Hasta luego...

EDUARDO.—¿Se va usted, señora?

ETELVINA.—Si. Voy a la exposición sacramental de las 40 horas... Pero vuelvo en seguida. ¿Por qué? ¿Quieres hablarme?

EDUARDO.—Si... Pero hay tiempo. A su regreso... Ahora conversaremos con Marcó!

ETELVINA.—Bien. Hasta luego! (Mutis foro).

ESCENA VII

Marcó, Eduardo, Federico

MARCO.—(Cuando quedan solos a Eduardo) ¿Tienes algo que agregar a todo lo que hemos ya discutido?

EDUARDO.—No; muy poca cosa... Y su intervención no es necesaria. Pero sentémosnos, porque Federico quiere cambiar con usted algunas ideas y se hace preciso exponerlas con serenidad... y confort! (Se sienta. Federico hace lo mismo y finalmente Marcó, resignado, les imita).

MARCO.—Bien. Veamos...

FEDERICO.—Aún cuando usted no ha asistido estos días al Congreso, debe usted saber que he presentado un proyecto, — mi primer proyecto, — ampliando el ejercicio del Patronato.

MARCO.—Me he enterado...

FEDERICO.—Ese proyecto va apoyado por el comité ejecutivo de mi partido y por un núcleo de diputados liberales y se tratará en una de estas sesiones...

MARCO.—Y bien... ¿Qué deseas de mí?

FEDERICO.—Que usted como liberal, como diputado y como argentino, no rehuya su discusión y asista al debate...

MARCO.—¡Hombre! Parece esto una conminación... Pero veamos; en resumen, ¿de que trata el proyecto por que yo no lo conozco en detalle?

FEDERICO.—Le leeré sus propósitos principales: (saca del bolsillo un papel y lee): 1.o Que el gobierno obligue a todas las instituciones religiosas, conventos, congregaciones, escuelas y sociedades que viven de la beneficencia pública a asumir la personería jurídica. 2.o Que ejerza control sobre los bienes de esas instituciones pertenezcan o no al culto y a la iglesia, impidiendo en cualquier caso su salida del país. 3.o Que el gobierno intervenga en todo acto político o social que esas instituciones o sus afines acometan, con fondos públicos adquiridos por limosna o subscripciones. Como la gran colecta, por ejemplo...

MARCO.—Pero eso es inconstitucional...

EDUARDO.—No, señor. La Constitución faculta al Congreso expresamente a arreglar el ejercicio del Patronato en todo el país, precisamente para armonizar los intereses del Estado y de la iglesia.

MARCO.—¿Y ustedes creen que esos intereses están amenazados?

EDUARDO.—Si, señor. Y gravemente!

FEDERICO.—Aquí hay infinidad de instituciones religiosas que poseen centenares de millones en propiedades y bienes raíces adquiridos por la limosna y la explotación del culto. ¿Qué control ejerce el Estado sobre esos bienes que son públicos? ¿En nombre de que ley puede el Estado impedir mañana que esos millones salgan del país o se empleen en funciones ajenas a su origen?

MARCO.—El gobierno ejerce control sobre los bienes de las iglesias...

EDUARDO.—Pero es que esos bienes, aunque obtenidos en nombre de la iglesia no pertenecen a ella... Están en su mayoría, inscriptos a nombre de los directores o administradores de esas instituciones y con eso se burla al Estado...

FEDERICO.—Por otra parte, la amenaza de que usted habla, es mucho más grave, en lo que respecta a las colectas públicas. La Gran Colecta, al abrogarse la exclusividad de arreglar la paz social comete un desacato contra el gobierno!

MARCO.—¡Desacato! ¿Por qué?

EDUARDO.—Simplemente porque al querer arreglar la paz social es porque reconoce que la paz social está alterada; y en este caso se abroga un derecho que no le corresponde y que solo pertenece al Estado, al Gobierno, dentro de cuya autoridad no puede asumir otra alguna al papel de redentora!

FEDERICO.—Por otra parte, ¿quién garantiza a los donantes de esos millones de la Colecta el empleo que se les va a dar? ¿Será realmente de orden o de desorden? ¿Tiene eso un fin social o un fin político? Ni el gobierno ni el pueblo lo saben...

EDUARDO.—Y el gobierno que faculta y controla todas las subscripciones públicas y que limitó las atribuciones de la Liga Patriótica. ¿Por qué no controla y limita las de la Gran Colecta?

MARCO.—Y bien... ¿Qué quieren de mí?
FEDERICO.—Ya se lo he dicho; que usted no falte por ninguna causa extraña a las sesiones en que se trate mi proyecto...
MARCO.—¡Cómo, causa extraña!...
FEDERICO.—Sí, porque sabemos que los políticos de la iglesia agotarán todos sus recursos y tocarán todos sus resortes...
EDUARDO.—Y aunque le moleste, Marcó, usted es uno de esos resortes...
MARCO.—(Indignado) Antes que los intereses del hogar o de la familia están los del país, al cual como diputado represento... Y en este caso no hay causas extrañas que me hagan olvidar mi deber!
EDUARDO.—Muy bien. Así quería conocerle a usted, Marcó. (Le tiende la mano).
FEDERICO.—Gracias, doctor. Frente a las altas conveniencias de la Nación no puede haber medias tintas. ¡O se es o no se es! (Chocan las manos con emoción) (Entra Nicasio por el foro).
NICASIO.—El padre Panard quiere hablar con el doctor...
FEDERICO.—Ahí le tiene usted... Hablando de Roma...
MARCO.—¿Creen ustedes que vendrá?...
EDUARDO.—Sí, no le quepa duda! Vamos Federico... Le dejamos con él, Marcó. Con permiso... (Vanse derecha).
MARCO.—(A Nicasio) Que pase! (Mutis de Nicasio).

ESCENA VIII

Marcó, P. Panard

PANARD.—(Entrando) Doctor! Buenas tardes...
MARCO.—¿Cómo está, padre? ¿A que debo el honor? (Se dan la mano).
PANARD.—Una pequeña consulta, doctor... Por cierto que ajena a todas estas menudencias domésticas...
MARCO.—Usted dirá, padre... Tome usted asiento...
PANARD.—(Después de sentarse y de escrutar con la vista minuciosamente la sala y el semblante de Marcó)—Tengo entendido que falta usted ya a varias sesiones del Congreso ¿verdad?
MARCO.—Sí... Estaba un poco indispuesto y solicité licencia...
PANARD.—Entonces no se habrá enterado usted de cierto proyectito... Quería consultarle sobre él...
MARCO.—¿Un proyecto sobre ampliación del ejercicio del Patronato, no?
PANARD.—Efectivamente ¿Le conoce usted?
MARCO.—Sí, así no más, por referencias...
PANARD.—¿Y qué opina usted de él?...
MARCO.—Pts... Francamente... No he hecho aún opinión; necesito estudiarlo... Pero, en general no me parece descabellado.. Eso del Patronato necesita una revisión general... Cuando se dictó la Constitución no pudo preveerse mucho...
PANARD.—¿No le parece a usted descabellado, dice?
MARCO.—No... Por lo que conozco de él, no se trata de una ley revolucionaria ni mucho menos... Por el contrario, le veo más de una previsión...
PANARD.—(Sonriente) Para la ortodoxia liberal, en efecto...! Para los socialistas un "Coup de reclame", pero para los diputados sensatos, para la opinión sana del país...
MARCO.—Para todo el mundo, padre.. Es un caso de defensa de altos intereses nacionales... Y no veo porque esa opinión sana del país ha de pensar lo contrario... Hay muchos bienes religiosos aquí que es necesario vigilar. El Vaticano necesita recursos para su mantenimiento que la Europa no le dá. Hace diez o doce años un internuncio se llevó de Chile diez millones de pesos y en 1913, si el pueblo no se opone, monseñor Sibilia se lleva cien millones más. Iba con orden de realizar los bienes de varias congregaciones... Estamos en igual situación y es preciso ser previsores!
PANARD.—Perdone usted, doctor... pero le creía de convicciones religiosas más arraigadas...
MARCO.—¿Más arraigadas que mis sentimientos patrióticos o que mis ideas políticas?... No, padre; en ese caso, no!
PANARD.—Sin embargo, como jefe de un hogar cristiano...
MARCO.—¿Solicitaba usted algo de mí, en ese carácter?

PANARD.—Tanto como solicitar, no... pero sinceramente, esperaba verle más resuelto contra un proyecto anticatólico que viene a beneficiar exclusivamente a los enemigos de la iglesia!

MARCO.—Pues ha hecho mal en esperar usted eso padre. Y usted perdone. Por sobre mi carácter de jefe de un hogar cristiano está mi condición de representante del pueblo... Y como tal solo ha de primar en mi el interés del pueblo... Como católico no puedo ser más romano que argentino!

PANARD.—Para un hogar cristiano el interés de su credo es el mejor interés....

MARCO.—En mi concepto, los credos no tienen intereses.. Por lo demás, mi jefatura de este hogar no puede admitir influencias ajenas... Si soy, en efecto, el jefe, mi opinión será su más alto interés!

PANARD.—(Con sonrisa aún más irónica) El doctor olvida que si es jefe de este hogar, lo debe en parte a la fe religiosa de su digna esposa...

MARCO.—(Severo) ¿Qué quiere usted decir, padre?

PANARD.—Nada mortificante... Confiados en la serenidad de su júicio y en sus principios cristianos, hemos creído, como directores espirituales de su esposa, conveniente su matrimonio y no hemos negado nuestra aprobación a su consulta.

MARCO.—¿Quiere usted decir, en palabras claras, que yo soy el jefe de esta casa y el esposo de Etelvina, por la voluntad de ustedes?

PANARD.—No he dicho tanto...

MARCO.—Pues se equivoca usted! Yo soy el jefe de esta casa por la simpatía, por el amor de Etelvina... Y si he aceptado su consulta a ustedes y su aprobación, fué por mero espíritu de tolerancia, de esa tolerancia que ustedes no tienen, pero que no llegará en mi hasta hacerme instrumento de su política ni a rebajarme hasta su insulto. ¿Lo entiende usted?

PANARD.—No se altere usted, señor! La agresividad estará bien en ese joven que parece haberlo convertido todo, pero no sienta bien en cabezas canosas... He venido a pedir a usted su apoyo creyéndole católico. La iglesia se defiende como cualquiera institución, y porque se cree la mejor. Ya lo he dicho... ¿Por qué ha de escandalizarse usted?

MARCO.—Que se defienda entonces con las armas de los demás. Que haga franca la lucha. Que no se deslice, como lo intenta hacer.

PANARD.—Veo que ha hecho escuela el jovenzuelo librepensador! (Ríe) (Aparecen Eduardo y Federico en la puerta) No le falta a usted, doctor, más que su insolencia!

MARCO.—¡Qué dice usted! (Va hacia él).

EDUARDO.—Déjelo usted, doctor... Ellos llaman insolencia a todo lo que no sale de una cabeza tonsurada...

PANARD.—Pero estas cabezas tonsuradas, señor mío, han debido inclinarse años sobre los libros, aprender y enseñar como no lo hacen los que se burlan de nuestra sotana y niegan nuestro heroísmo: sufrir la pedrada del ateo y olvidar que somos hombres de carne y hueso en nuestra lucha por la salvación del mundo...

EDUARDO.—Todos los que luchamos por ella estamos en iguales condiciones, señor... pero el mundo no se salva con oraciones; ni se detiene al Progreso con la ignorancia; ni se sofoca la revolución con la tiranía... Luchen, pero luchen francamente, a la luz del progreso, a la corriente de las ideas, al amparo de la libertad... Entonces les podremos dar beligerancia!...

PANARD.—Hemos terminado! (Saluda con la cabeza y vase altivamente. Al salir se encuentra con Etelvina que entra. La saluda con una leve inclinación. Etelvina sorprendida, comprende que algo grave ha ocurrido y entra ansiosa).

ESCENA IX

Marcó, Eduardo, Federico, Etelvina

ETELVINA.—¿Qué ha ocurrido aquí?... ¿Por qué se va así el padre Panard? (Un momento de silencio) Pero hablen ustedes, por Dios! Tú Eduardo... ¿Qué le has hecho? Tú, Marcó, contesta...

MARCO.—Ese hombre me ha hecho un reproche que no he po-

dido tolerar y que no podré dejar sin una amplia aclaración...

ETELVINA.—¿El padre Panard?

MARCO.—Sí; el padre Panard.

ETELVINA.—Pero que ha podido decir, Dios mío!

MARCO.—Me ha dicho que si yo soy el jefe de esta casa, que si yo soy tu esposo, lo debo a la voluntad y al consejo de ellos... Y ello envuelve un insulto contra mi dignidad y contra mi amor... Y ahora quiero, exijo, que en presencia de Eduardo y de Federico, que son como tus hijos, me declares lealmente que hay de verdad en ello...

ETELVINA.—Pero Marcó... Con eso me ofendes a mí... Yo te lo he confesado con toda sinceridad. Consulté con ellos, mejor dicho, con el padre Luis, tu propuesta de matrimonio, por pura tranquilidad de conciencia, por pura necesidad de paz... pero nunca por someter a su voluntad mis designios...

MARCO.—Sin embargo, ellos así lo creen, y lo que es peor, así lo utilizan en sus intereses...

ETELVINA.—¿Pero tú le has hecho o dicho algo?

MARCO.—Yo simplemente me he rehusado a obedecer a insinuaciones políticas suyas... Y entonces se me ha reprochado mi desobediencia...

ETELVINA.—No es posible eso...

EDUARDO.—Sí, mamá... Y tan posible, que si ellos aprobaron su matrimonio con Marcó, no ha sido consultando su amor o su dicha, sino sus conveniencias políticas. Su matrimonio les ofrecía atado de pies y manos a un diputado... Y ahora venía ese señor, encarnación del machiavelismo católico, a reclamarlo como bien propio!

ETELVINA.—Eso es una infamia!

EDUARDO.—No, mamá... Esa es la verdad, la triste y dura verdad. Es la estrategia clerical: Por la mujer a la familia; por la familia a la sociedad; por la sociedad al gobierno y por el gobierno al dominio... Pero no sufra usted, mamá... No ha sido su fe lo que se le ha ido... Ha sido su tiranía... Venga usted, Marcó... Con la iglesia o sin ella, usted debe hacerla feliz... Ella lo fué con mi padre sin la iglesia... Puede serlo también con usted...

MARCO.—(Se acerca cariñosamente a Etelvina) Ha sido una insolencia de ese hombre... Ya lo sé... ¿Cómo puedo dudar de tí? (Le toma las manos con la derecha mientras que con el brazo izquierdo la estrecha tiernamente sobre su pecho).

EDUARDO.—Y ahora, mamá, otra noticia... (Va a la puerta derecha y llama) ¡Clarita!... Clarita!... Chicos!... Vengan!...

ETELVINA.—¿Qué haces? ¿Para que los llamas?

EDUARDO.—Yo voy a dejar esta casa, mamá. Marcó prolongará aquí la dicha y la austeridad que la muerte interrumpió un momento... Yo no hago ya falta. Estoy de más, pero antes de irme, quiero llevarme libre el espíritu de preocupaciones... (Entran Clarita y los dos chicos) Ven acá, Clara. (A la madre, mientras acerca a Clara a Federico) Federico y Clara se aman... Usted lo sabe. Se aman desde niños. Quieren unir sus vidas y sin duda serán felices... En nombre de mi padre yo los autorizo... Pero hay un detalle que usted debe aceptar. No se casarán por la iglesia!

ETELVINA.—¡Cómo dices! ¿Eso también?...

EDUARDO.—Sí, no se alarme usted. Se casarán ante la ley que rige los actos humanos. El amor y la lealtad recíproca harán lo demás. Federico no puede aceptar sacramentos en sus ideas libres... Y no hacen falta por lo demás...

ETELVINA.—Eso es una crueldad! (A Marcó) ¿Y tú no te opones? ¿Ese es el apoyo que me ofreces? Todos complotados contra mí fe...

EDUARDO.—No es contra su fe, mamá. Es en favor de la de los demás...

ETELVINA.—Yo siempre he sido católica... Si por respeto a tu padre, disimulé mis creencias, las cultivé en cambio y siempre, en el fondo de mi alma... ¿Qué menos podía hacer al hallarme sola que buscar en ellas el consuelo y la paz que necesitaba? Y ustedes vienen a quitármelo todo... (Se echa a llorar en una silla).

EDUARDO.—No, mamá. No le quitamos su fe... Usted confunde la sencilla y sublime fe con las mogigaterías y formulismos cató-

licos. No es contra su religión: es contra su fanatismo. Usted es una creyente sincera, pero no lo son los que explotan esas creencias. Ser cristiano y ser bueno es creer en el bien y en la virtud cuando no se fundan en el miedo de lo desconocido sino en la belleza de su ejercicio; creer en el amor que ellos edsdeñan y en la ciencia que ellos rechazan; creer en un Dios superior a toda razón humana y por consiguiente, ajeno a toda mezquindad terrena... Eso es ser cristiano y eso nadie se lo impide a nadie!... (La emoción de la escena lleva a Marcó al sitio donde está Etelvina y los hace unir en un abrazo. Instintivamente los dos niños se acercan al grupo mientras Clarita se aproxima a Federico que la estrecha junto a sí. Hay un pausa) (Eduardo parece darse cuenta de la belleza de la escena y corre hacia la puerta derecha, saliendo al poco con un gran cuadro — el retrato de su padre. Descuelga el del obispo y coloca el otro en su lugar. Todos le miran hacer, perplejos e intrigados).

EDUARDO.—He aquí el hogar como antes. Mírelo usted, mamá, y dígame si no es más bella esta fe en el amor y en la dicha, sin convencionalismos ni intolerancias, sin miedos y sin obscuridades... (Aparece en la puerta del foro la figura humilde del padre Luis). Si... Venga usted acá, buen hombre! Usted no es la iglesia política. Usted es la fe, humilde y sincera... Mi madre necesita de su consejo de viejo y de piadoso... Ahí la tiene usted. No negamos el derecho a la fe... Dentro de la libertad caben todas las creencias!

TELON

IMP. VENEZUELA 1133